

# La Ilustración

HEMEROTECA  
MUNICIPAL  
MADRID



# Artística

AÑO XV

← BARCELONA 24 DE FEBRERO DE 1896 →

NÚM. 739

Tenemos la satisfacción de anunciar á nuestros suscriptores que próximamente publicaremos, en la Biblioteca Universal, la preciosa novela alemana de Eugenia Marlitt «La princesita de los brezos,» cuyo derecho de traducción exclusivo para España hemos adquirido, y que daremos profusamente ilustrada



UNA CONSULTA, cuadro de Jiménez Prieto

## SUMARIO

**Texto.** — *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. — *Heliodoro arrojado del templo*, por R. Balsa de la Vega. — *Jefes del Estado de la República del Paraguay durante el presente siglo*, por X. — *Las noches madrileñas. La florista de teatro*, por A. Danvila Jaldero. — *Nuestros grabados. Miscelánea.* — *En busca de un ideal*, novela original de Juana Mairet, con ilustraciones de Marchetti (continuación). — **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *Panoramas fotográficos. El ciclorama eléctrico de M. Chase.* — *La fuerza de las mandíbulas.* — Libros recibidos.

**Grabados.** — *Una consulta*, cuadro de Jiménez Prieto. — *Rafael Sanzio de Urbino.* — *Heliodoro arrojado del templo*, célebre fresco de Rafael. — *Jefes del Estado de la República del Paraguay durante el presente siglo.* — *Busto de mujer*, cuadro de E. J. Poynter. — *Modestia*, cuadro de Harriet Staite. — *Personal de la Redacción del periódico de la Habana «Diario de la Marina.»* — *Las noches madrileñas. La florista de teatro*, dibujo de N. Méndez Bringa. — *Músicos callejeros en una aldea de Italia*, cuadro de Mariano Barbasán. — *D. Enrique Claudio Girbal*, cronista de Gerona. — *Excelentísimo Sr. D. Juan Arolas y Esplugues*, general de brigada en el ejército de operaciones en Cuba. — El célebre compositor francés *Ambrosio Thomás.* — Figs. 1 á 4. El ciclorama de M. Chase. — *Federico Barbarroja proclamado emperador de Alemania, en Francfort*, alto relieve de Clemente Buscher. — *¡Mira, allí!*, grupo escultórico de Ricardo Jakic.

## MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

El cielo. — Dios. — Afinidades químicas. — Atracciones mecánicas. — Cuerpos celestes. — Bóvidos y aerolitos. — Lluvia de estrellas. — Los planetas. — El bóvido reciente. — Particularidades y circunstancias. — Interrupción del eterno silencio en los callados espacios infinitos. — El relámpago y el estallido. — Efectos súbitos de uno y otro en las gentes. — Unidad de la materia y de la fuerza. — Conclusión.

Todos los átomos se mueven. Este movimiento hace vibrar sus moléculas. Esta vibración engendra el calor. *Motus est causa caloris.* Este calor enciende la luz. Pues como la luz presupone calor, y el calor presupone movimiento, el movimiento presupone motor. Este motor es Dios. La creación química y la creación mecánica presuponen la existencia del Criador. Ni se ha demostrado la generación espontánea, ni se demostrará el movimiento espontáneo. La generación supone un generador supremo de la vida, y el movimiento supone aquel motor inmóvil de que nos habló Aristóteles. No podéis dar un paso en el espacio y en el tiempo sin encontrarlos por todas partes, no á la verdad oculto, patente y manifiesto, á Dios. El amor entre los átomos próximos, afinidad, produjo la cohesión química; el amor entre los átomos lejanos, atracción, produjo la gravedad mecánica. A la luz difusa en el espacio se le llama éter. Por unas y otras fuerzas el éter se condensó en torno de núcleos, y estas condensaciones del éter en torno de núcleos produjeron los soles. De los soles se desprendieron, como de una cabellera los cabellos, como de una flor los pétalos y los pólenes, esos orbes llamados planetas, que todos tienen una forma esférica, más ó menos perfecta. Estos se apartan del sol por un impulso, al cual podríamos llamar de odio y alejamiento, que les constriñe á precipitarse en los abismos del espacio, hasta que otro impulso de amor y unión les detiene, pródigo en su caída, y los llama con suave reclamo á revolar de nuevo y subir trazando elipses, como la nave luminosa estelas por los mares electrizados, por los espacios inmensos, en derredor de su etéreo y divino foco. Además de todos estos grandes cuerpos, hay diseminados por el espacio, á modo que los insectos alados, las mariposas y las abejas; á modo que los insectos luminosos, las luciérnagas y las ludiolas, asteroides, bóvidos, planetillas semejantes á cuerpecillos, cuyos elementos resultan idénticos á los elementos terrestres, y que, diseminados en la inmensidad, si entran en el radio de atracción propia que tiene la tierra, penetran en su atmósfera, y al contacto suyo se animan en calor y encienden á una en vívida luz. Muchas veces el número de tales astros es tan considerable, que le llaman á su presencia lluvia de estrellas, por asemejarse mucho á una granizada de luz, á un maravilloso nevasco de éter. En mis largos viajes por Italia he visto esas luciérnagas aladas volar en grandes enjambres sobre la superficie bituminosa de las lagunas Pontinas, por las laderas verdes del monte Mario, y hame parecido asistir á una lluvia copiosa de misteriosísimos asteroides. Entre los planetas, cuatro, los menores, están más cerca del sol, y el mayor de los menores, al decir de los astrónomos, resulta la tierra; y cuatro, los mayores, más lejos del sol, y el mayor de los mayores resulta Júpiter. Los asteroides ó planetillas no pueden calcularse, pues aparecen como innumerables en la inmensidad, y como cuerpos opacos sólo se ven cuando penetran en atmósferas que puedan facilitar en ellos una combustión más ó menos viva y encenderlos. Además del calor solar, po-

seen el calor central todos los planetas; pero ninguno puede poseer las condiciones vitales de nuestra tierra; los unos, como la luna, por carecer de aire y agua; los otros, como Marte y Venus, por hallarse demasiado cerca del sol; los otros, como Júpiter y Neptuno, por hallarse demasiado lejos. Además del sol, de los planetas, de los satélites, como nuestra luna y como el anillo en Saturno, de los asteroides, hay las estrellas, alejadísimas de nuestro sistema solar, y á las cuales creemos encendidos soles, que tendrán quizás en torno suyo, también oscuros y por tanto invisibles, pero grandes y numerosos planetas, si hemos de inducir por analogía y hemos de dar algún valor á las probabilidades. La estrella más vecina de la tierra es Pitágoras, ó sea el alfa del segmento de cielo á que damos el fantástico é impropio nombre de Centauro. Desde tal astro á nosotros hay doscientas mil veces la distancia que de nosotros al sol, y del sol distamos, como sabe hoy todo el mundo, en la mayor separación, unos ciento cincuenta millones de kilómetros. ¡Cuán bello y revelador es el cielo por la noche serena!

\* \*

El carro marcha majestuosamente, no lejos de la estrella Norte, adonde miran las puntas de nuestras brújulas y las retinas de nuestros ojos para orientarnos en los mismos espacios terrestres. La gran estrella de Orión, la estrella Sirio, reluce con tal brillo, que si pudiésemos acercarnos á ella, nuestro sol palidecería de seguro entre sus rayos, como palidecen las miserables luciérnagas ante los rayos del sol. No temblemos por los cometas que vuelan arrastrados en una vertiginosa carrera y parecidos á plumas caídas de las alas esplendentes de un ángel invisible. No creamos gases de materia cósmica, suspensas en los límites del universo visible, las vías lácteas que se hallan compuestas por polvo de soles y forman como arenales de divino éter. Aunque á los ojos de la poesía todos esos mundos aparezcan en visiones místicas cual áureos vasos consagrados al templo de Dios, escalas de diamantes y topacios por donde bajan los ángeles, místicas lámparas colgadas del firmamento, ó signos que trazan cabalísticamente los horóscopos de los mortales en sus astrológicas figuras, á los ojos de la ciencia resultan como gigantes hornos donde los metales aquí más fríos se hallan como volatilizados, merced á las aglomeraciones de oxígeno en combustión, semejante á la producida por incendios inenarrables, tormentas tonantes, volcanes en erupciones capaces de acalorar y enrojecer espacios inmensos con su terrible irradiación ígnea. Esta tierra fué parte integrante del sol. Desprendida un día de su masa, fué durante mucho tiempo sol de ella misma, luciendo con luz propia, irradiando calor á causa del fuego voraz en que se abrasaba. Si hubiéramos podido volar á ella desde un orbe cercano en aquel entonces, nos consumiéramos en sus llamas, como se consume la mariposilla en el resplandor de la luz esplendente á que ciega se aproxima. La tierra fué sol á su vez, pequeño sol, pero ardió y lució como los grandes soles y en competencia con ellos por su vivo fuego. Hoy mismo este fuego, llamado central, se halla de su corteza fría tan próximo como los granillos de la película que rodea y envuelve las entrañas de las uvas. El espesor medio de nuestro suelo no puede pasar, según sabios cálculos, de cuarenta y cuatro kilómetros. Por consecuencia, si pudiéramos abrirla como abrimos la naranja, encontraríamos dentro de su cáscara un sol ardiente que, á cierta distancia colocado, podría llamar otros planetas con su atracción, esclarecerlos con su luz, avivarlos con su calor y parecer en la noche de otros mundos una hermosa estrella, inspirando suaves y estéticas tristezas en música y poesía.

\* \*

Pero ¿adónde vamos con todas estas reflexiones? Pues vamos á contar el suceso europeo por excelencia de los últimos días, vamos á contar los estallidos fragorosos del terrible bóvido que aterró á Madrid, sacudiéndolo como á una epilepsia colectiva, pues nos hizo temer su explosión suerte pareja para la capital de nuestra península, colocada en las cercanías de su cordillera nevada, con la sufrida el siglo primero por Pompeya y Herculano, colocadas al pie de su ígneo recién animado Vesubio. El espacio nos comunica por medio de rayos y magnetismos y auroras boreales con lo infinito; pero no dice una sola palabra, ni nos envía sonido alguno. Las tonantes nubes eléctricas y los ruidosos huracanes se forman en capas inferiores del aire, como necesitados unas y otros ó de grande humedad y de una grande agitación, imposibles allá en las rarificadas atmósferas altísimas

donde reinan, como en los hondos senos del Océano, la soledad y el silencio. Nada nos aterra pues tanto, ni tanto nos mueve á meditación acerca de los misterios sobrenaturales ó naturales, como el enmudecimiento de lo infinito, no menos callado que la muerte. Así cualquier estallido, al interrumpir tal silencio eterno, os presta un escalofrío en el cuerpo y en el alma un terror de bien difícil expresión, porque su rareza no puede sugerirnos la definición que pide generalizaciones comprensibles de muchos fenómenos y explicativas, si no de su propia naturaleza, de su impresión sobre nuestro entendimiento y de su influencia sobre nuestros nervios. ¡Cuán hermosa la mañana del diez de febrero corriente, cuán hermosa! Lucía el cielo con ese azul que presta lo alto de esta planicie y lo ligero de este aire al horizonte madrileño, donde los desnudos árboles resaltan ahora como si un dibujante los hubiera trazado á perfección y toman los altos picos las facetas y las aristas de preciosas piedras. Subía el sol á su cenit del color de una viva turquesa, y mandaba esos rayos, á los cuales se tornan las vistas de los paisajes en cuadros, las voces de los pajarillos en coros, los átomos que discurren por las venas en partículas etéreas y celestes, los corazones palpitantes en rendidos amadores de todo lo creado.

\* \*

Nada más ajeno á tan universal regocijo como el estruendo armado de súbito en las alturas, ni más aterrador para el común de las gentes, quienes podían esperarlo y temerlo todo, menos que retumbasen truenos y se fulminaran rayos en aquella celeste serenidad imperturbable. Un relámpago, luciendo en el claro día, deslumbró los ojos como pudiera vivo rayo del sol reflejo, que rebotara sobre las retinas del foco de un espejo ustorio. Al relámpago, con un intervalo relativamente duradero, sucedió un trueno seco, parecido á un golpe rudo de la electricidad sobre nuestro aire, y á este trueno seco sucedió una descarga como de artillería y de fusilería reunidas y puestas en alta muralla, que tuvieran solfataras por fusiles y por cañones volcanes. Los efectos de tal estruendo sobre las zonas de nuestro aire, y de estas zonas, estremecidas por la erupción, sobre los edificios de nuestro suelo, no pueden describirse. Diríase que los monumentos más sólidos habían pasado de la tierra firme al líquido mar y que trepidaban como si les arrancasen las bases inmovibles del continente y cabecearan á los hervideros y encrespamientos del oleaje. Nada os aturde como sentir que vacila el fundamento de vuestros pies. En seguida perdéis á tal variación, en vértigos y en mareos, cuando no en arrebatos de súbita demencia, la cabeza. «Me faltó la tierra,» decimos cuando queremos expresar una emoción adversa, muy honda é intensísima. Con la tierra os falta el sentido, y con el sentido los resplandores de la diurna luz, y con los resplandores de la luz diurna el aire atmosférico, y con el aire atmosférico la posesión de vuestro ser, y con la posesión de vuestro ser parece que se os ha ido la vida.

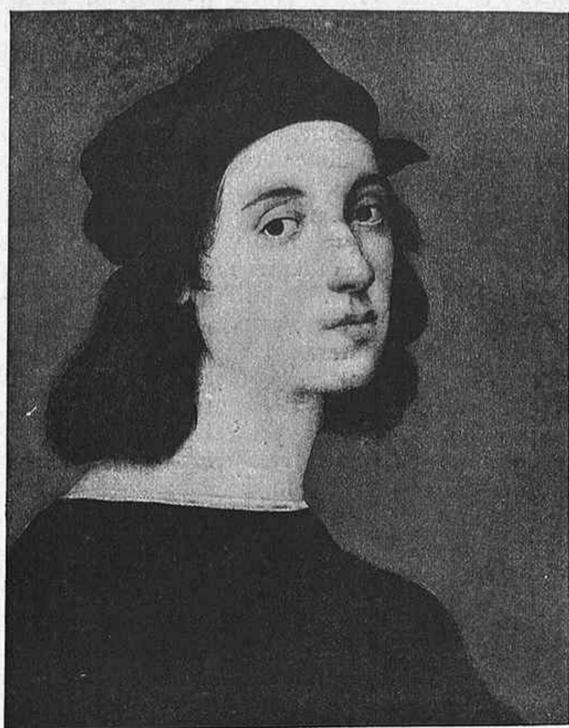
\* \*

Estas emociones de cada cual se juntaron en la triste aterradora común emoción, á que llamamos pánico. Las gentes, no creyendo tener tiempo de salvarse, corrían á la calle y arrastraban las personas de su predilección tras sí; los enfermos y los acostados huían de sus lechos y semejaban, ceñidos de sus sábanas, como difuntos resucitados envueltos en sus sudarios; los devotos levantaban los brazos al cielo imaginando que iban á enrollarse para dejar paso á los momentos supremos del juicio final; hasta los más valientes y los menos supersticiosos creían en una gigantesca explosión de dinamita inflamada por los locos furiosos del anarquismo y repetición de catástrofes como las del ensangrentado Liceo; y así de la suma de todos los dichos formábanse aquellas palabras imputadas por la tradición á los coetáneos de Cristo, cuando el suelo palpitó y el aire tronó á la tragedia del Gólgota, «ó se acaba el planeta ó se muere Dios.» Pues no sucedía nada de todo esto; sucedía que uno de los innumerables cuerpos esparcidos por el vacío y volanderos en su inmensidad, fragmentos quizás de un planeta extinto ya, ó semilla de futuros orbes, ya residuos y restos de algún anillo como los que rodean hoy mismo á Saturno, ya germen de vida; un cuerpo, frío y sólido y opaco, entraba, cargado de materias combustibles, en el radio de nuestra tierra, y al tocar con su carbono y su hierro el oxígeno de nuestro aire vital, ardió y estalló, probando con los fragmentos que ha esparcido de Jerez á Burdeos la unidad de fuerzas y de materias en el eterno é infinito Cosmos, uno como Dios.

Madrid, 17 febrero 1896



24  
Feb de  
brero  
1513



recursos todos, así del tesoro real como del tesoro público, el rey pensó en apoderarse de las inmensas riquezas acumuladas en el Templo de Jerusalén. Para realizar esta idea, encargó á su ministro Heliodoro que marchase á la

ciudad de David, al frente de una tropa de soldados. Llegado que fué á Jerusalén, el ministro, á pesar de los ruegos del sumo sacerdote Onías y de las lamentaciones de los

levitas, penetra en el recinto sagrado y se dispone á realizar el saqueo del tesoro santo. Pero en el instante mismo en que tal hacía, ve aparecer de repente un caballero, cubierto con una armadura de oro, quien de un solo tajo de su espada lo derriba á los pies del caballo que montaba; ya tendido en tierra, dos jóvenes vigorosísimos y de una gran belleza le golpean fuertemente.

»Heliodoro, maltrecho y creyéndose en trance de morir, falto de fuerzas y casi expirante, vuelve á la vida y se ve libre de sus enemigos, gracias á que el sumo sacerdote intercede por él; y bajo la promesa hecha á los ángeles de ofrecer á Dios un sacrificio expiatorio y la de abandonar inmediatamente la ciudad, pudo salir de Jerusalén, como lo hizo precipitadamente con sus soldados.»

Tal es la leyenda que sirvió á Rafael para trazar la composición de que me ocupo. Sin embargo, una de las partes más importantes de esta pintura mural nada tiene que ver, ni con el ministro de Filopátor ni con Filopátor, ni con los levitas, ni con nada de cuanto nos mencionan la Biblia y la Historia, como

puede apreciarse en la reproducción que ilustra esta efeméride. Rafael pintó á Heliodoro caído á los pies del caballo que montaba el celeste guerrero, quien parece todavía dispuesto á secundar el golpe. Dos ángeles desnudos y de bella traza, en ademán de correr hacia el caído, levantan flamíferas espadas, y golpean con ellas al temerario general de Seleuco. Al fondo del cuadro se ve á Onías y á los levitas arrodillados al pie del Tabernáculo; en el lado izquierdo de la composición aparecen admirablemente agrupadas una porción de figuras de gentes del pueblo, y en primer término el papa Julio II en la *silla gestatoria* que sostiene cuatro servidores. Todos contemplan la escena que se desarrolla entre los ángeles y el ministro sirio, quiénes con curiosa admiración, quiénes con el reposo de personas que asisten á la ejecución de una justicia.

En el primer boceto que de esta pintura trazó Rafael no figuraban el papa ni sus servidores; y según algunos biógrafos del gran artista, éste se vió obligado á introducir dicha modificación á instancias de Julio II, quien pretendía dar al episodio bíblico un carácter de actualidad, aludiendo á la expulsión que él realizara de todos cuantos habían venido medrando á costa del patrimonio de San Pedro. Si esto que del papa se afirma es exacto, se comprende perfectamente que Rafael no tuviera medio alguno de evitar el anacronismo que resulta de hacer figurar personajes del siglo XVI en un episodio bíblico, según el relato de la Biblia, siglo y pico antes de Jesucristo. Bien sabido es el carácter imperioso de Julio II.

Pero ya que el anacronismo no haya podido evitarlo el insigne hijo de la Umbría, en cambio, gracias al capricho papal, podemos conocer á algunos de los hombres más ilustres de la corte pontificia. Por ejemplo, en el primero de los cuatro que sostienen la *silla gestatoria* se reconoce al célebre grabador de los dibujos de Rafael, Marco Antonio Raimondi. El que está más en primer término é inmediato al grabador es el secretario de *Memoriales* de la corte, Pedro Foliarí. El que con Raimondi sostiene la *silla* por la parte de delante, es el discípulo favorito del de Urbino, Julio Romano; el de Julio II, es uno de los mejores retratos que del célebre papa

## HELIODORO ARROJADO DEL TEMPLO

24 (?) de febrero de 1513

Célebre fresco pintado en la segunda de las *stanzie* del Vaticano por Rafael Sanzio de Urbino

Después de los frescos *La Escuela de Atenas* y *La disputa del sacramento*, es el que representa á Heliodoro arrojado del templo el más grandioso y mejor pintado de cuantos el divino discípulo del Perugino trazó en las salas de la residencia de los papas.

El asunto de esa pintura mural está inspirado en el episodio siguiente, que relata el segundo libro de los *Macabeos*: «Heliodoro, general y primer ministro del rey de Siria, llamado en el sagrado texto «Filopátor» y en la Historia Seleucus IV, hijo de Antíoco, intentó apoderarse de las riquezas que guardaba el Templo de Salomón.»

«La enorme contribución de guerra que impusieran los romanos á los asirios, después de la batalla de Magnesia, había sumido á los súbditos de Seleucus en la más apurada de las situaciones. Agotados los



HELIODORO ARROJADO DEL TEMPLO, célebre fresco de Rafael, pintado en la segunda de las *stanzie* del Vaticano

se conservan. Afirman también algunos historiadores, críticos y biógrafos de Rafael, que la *Fornarina*, querida del gran artista, sirvió por vez primera en esta pintura de modelo á su amante, quien la copió en una de las mujeres desnudas del primer término y en el ángel del segundo que acompaña al celeste guerrero.

\*  
\* \*

La composición de esta hermosísima pintura mural es por sí sola una obra insuperable. Distribuída la escena en tres agrupaciones perfectamente determinadas, sin embargo se relacionan de tal modo que no podría cada una de ellas aisladamente expresar nada. Si de la composición se pasa al examen del dibujo, así en los desnudos como en las demás figuras, no se sabe qué admirar más, si la naturalidad de los movimientos y la energía y el fuego de éstos en unas, el sereno reposo en otras, ó la corrección de las líneas y la proporción de todas. Respecto del color, pretenden, entre varios Passavant y Pitti, que este fresco es el más hermoso de todos los que en el Vaticano pintó Rafael.

Tenía el gran artista, cuando terminó la pintura de que hablo, *La misa de Bolsena*, *La liberación de San Pedro*, que con *Atila* forman la decorativa de la segunda de las famosas *loggie*, veintinueve años y diez meses de edad. Comenzara la obra magna de la decoración del Vaticano á los veinticinco, y en un año escaso realizó, además de los citados frescos *La misa* y *Heliodoro*, número grande de cuadros y retratos. Al propio tiempo diseñaba para la Farnesina las pinturas decorativas que debían hacer célebre aquel palacio de Agustin Chigi. Por cierto que éste tuvo que adoptar el partido de instalar en el palacio á la *Fornarina* para obligar á Rafael á terminar *El triunfo de Galatea*, pintura que hacía varios años que comenzara á ejecutar el gran artista, pero que abandonaba á los pocos instantes para correr á casa de su amada.

Terminaré esta *efeméride* relatando el asunto desarrollado en el fresco *La misa de Bolsena* que con el de *Heliodoro* ejecutó el de Urbino en un mismo espacio de tiempo.

En 1263 existía en la villa de Bolsena, situada á corta distancia de Viterbo, un clérigo que dudaba de que estuviese Cristo en esencia y presencia en la hostia; mas un día diciendo misa, al alzar la sagrada forma, ésta comenzó á destilar sangre. Recogida, se enseña todavía en una capillita de la iglesia en que se realizó el prodigio.

Tal es el motivo que sirvió á Rafael para desarrollar el célebre fresco, titulado *La misa de Bolsena*, del cual la crítica se deshace en elogios, como puede verse por los que le prodigan Viardot, Passavant y otros, diciendo del color que parece pintada por uno de los más grandes maestros de la escuela veneciana. Especialmente la parte del altar y las figuras inmediatas son en verdad maravilloso esfuerzo de la paleta del de Urbino, quien con esta obra probó que si la inmensa cantidad de trabajos que siempre tenía entre manos, le hubiese concedido espacio para pintar por sí mismo todos sus cuadros, hubiera figurado entre los buenos coloristas italianos.

R. Balsa de la Vega

#### JEFES DEL ESTADO DE LA REPÚBLICA DEL PARAGUAY DURANTE EL PRESENTE SIGLO

Cumpliendo lo que ofrecimos en nuestro número de primero de año, de completar la colección de retratos y biografías en el mismo publicada á medida que fuéramos recibiendo los datos de los Estados que en él no fueron incluídos, damos hoy los referentes á la República del Paraguay.

Los retratos que forman la lámina de la página siguiente nos han sido remitidos por D. Marcos Gómez, y muchos de ellos son realmente interesantes y curiosos por ser reproducidos directamente de originales que son verdaderos recuerdos de familia y que sólo por especial favor nos han facilitado sus actuales poseedores.

Damos las gracias más expresivas á éstos, así como al Sr. Gómez, y aprovechamos esta ocasión para suplicar á todas aquellas personas que puedan facilitarnos los retratos de los jefes de los Estados que no hemos publicado todavía, que nos los remitan á fin de que podamos realizar de un modo completo la idea que nos movió á dar á luz el número con que inauguramos la serie del año 1896.

La República del Paraguay está situada en el interior de la América meridional, y confina al Norte

con Bolivia y Brasil, al Este con el Brasil y la República Argentina y al Sur y al Oeste con esta última. Su superficie es de 253.100 kilómetros cuadrados y su población de 330.000 habitantes.

Dado el grito de independencia en 14 de mayo de 1811 y consumada la revolución sin derramamiento de sangre por haberse adherido á ella el gobernador español D. Bernardo de Velasco, instituyóse una junta de Gobierno y reunióse un Congreso que proclamó la independencia del Paraguay, cuyo primer gobernante único fué el doctor Francia.

JOSÉ GASPAR DE FRANCIA. — Hijo de padres brasileños, nació en el Paraguay en 1770: educóse en España en la universidad de Córdoba, y de regreso á su país se dedicó á estudiar jurisprudencia y adquirió fama como abogado. Agregado á la junta de Gobierno que se constituyó en 1811, muy pronto se sobrepuso á sus compañeros, y en 12 de octubre del mismo año celebró con Buenos Aires un tratado en que hizo reconocer al Paraguay como nación autónoma. En 1813 reunió un nuevo Congreso y consiguió que se confriera el poder absoluto á dos cónsules; en 1815 influyó con su poder para que estos dos cargos se redujesen á uno solo y se hizo elegir por tres años, y en 1817 fué nombrado dictador vitalicio, fijando entonces su residencia en el palacio que habían ocupado los gobernadores españoles. Inició Francia un régimen de despotismo que redujo al país á la mayor miseria; infundió el terror fusilando á multitud de ciudadanos; cerró todos los puertos y prohibió toda clase de comercio, negándose á expedir pasaportes á nacionales y extranjeros; monopolizó las maderas, que sólo cambiaba por armas y municiones, y nombró cabildos á su gusto. Únicamente pensaba en el ejército, pero suprimió los grados y solamente dejó un jefe, nombrado por él, que gobernaba temporalmente. Hizo sembrar algodón y tejerlo, mas no pagaba los salarios, y en cambio castigaba con pena de muerte al que se le resistía. Cada vez que salía á la calle, todas las puertas y ventanas se cerraban, y escoltado por dos esbirros hacía retroceder á sablazos á los que encontraba á su paso. «Generalmente — dice un historiador — tenía presa en inmundos calabozos á la décimaquinta parte de la población.» Cuando comprendió que se aproximaba su última hora, hizo quemar sus papeles y mandó encarcelar á todos los extranjeros, á muchos de los cuales fusiló. El doctor Francia falleció en 1840.

CARLOS ANTONIO LÓPEZ. — Nació en el Paraguay en 1801. Comenzó la carrera eclesiástica y cursó teología y cánones, pero varió de propósito y siguió la carrera de abogado. En 1840, á la muerte de Francia, Patiño, hombre obscuro y hechura de aquél, se apoderó del gobierno; pero el sargento Duré con su compañía se fué á palacio y prendió á Patiño, quien de miedo se ahorcó. Aquel sargento tuvo la nobleza de no apoderarse del gobierno, haciendo, por el contrario, elegir dos cónsules para que rigieran el país. La elección recayó en Carlos Antonio López y Martín Roque Alonso: el primero, que era desconfiado, suspicaz y ambicioso, se sobrepuso al segundo y consiguió que se promulgara una Constitución y que se le confriera en 1841 la presidencia del que se llamó poder ejecutivo permanente. Comenzó su cargo bajo los mejores auspicios, pues la independencia del Paraguay fué reconocida por las naciones europeas y americanas; pero empañó los éxitos conseguidos y que había de conseguir durante su larga gestión, con el fusilamiento del bravo sargento Duré. Levantó edificios públicos, abrió caminos carreteros, fundó escuelas primarias, organizó una marina nacional y estableció la navegación de vapor en el río del cual tomó el nombre la república. Reelegido en 1849, celebró tratados de amistad y comercio con Francia, Inglaterra y Estados Unidos, y logró ver reconocida en 1853 la independencia de su país por la República Argentina. El Congreso de 1854 eligióle nuevamente por diez años, pero López sólo aceptó por tres, durante los cuales firmó el tratado de comercio con el Brasil (1855); en 1857 fué reelegido por cuarta vez, por 10 años; pero no pudo llegar al término de su presidencia, pues falleció en 1862. Usando del derecho que la Constitución le otorgaba para nombrar sucesor que ejerciera hasta la reunión del Congreso, designó á su hijo Francisco Solano López.

El retrato del presidente D. Carlos Antonio López no nos ha sido posible obtenerlo, siendo el único que no figura en la lámina.

FRANCISCO SOLANO LÓPEZ. — Nació en la Asunción en 1827 y recibió en su país una educación conveniente que perfeccionó en Europa. De regreso á su patria, tuvo gran intervención en los negocios públicos: en 1853 fué enviado á Europa para ratificar los tratados con Francia, Inglaterra y Cerdeña. Ocupaba la secretaría de guerra y había sido nombrado brigadier general del ejército cuando ocurrió la muerte

de su padre, pasando entonces á ejercer la presidencia, no sólo por la designación hecha por aquél en su testamento, sino que también por aclamación de la mayoría del Congreso. Su administración no fué más que una dictadura despótica. En 1865, á consecuencia de algunas diferencias con el Brasil y la República Argentina, declaró la guerra á estos dos países, á quienes se alió el Uruguay, y al frente de solos 70.000 hombres, unos pocos batallones de mujeres que armó y nueve vapores, resistió heroicamente á las fuerzas muy superiores de sus enemigos: apoderóse de la ciudad de Corrientes, formando allí un gobierno provincial, pero hubo de evacuarla á los pocos meses, después de los descalabros sufridos por sus generales Robles y Estigarribia; ganó contra los aliados las famosas batallas de Curupaytí y de Tuyutí; mas al fin hubo de sucumbir ante la superioridad del adversario y ante el descontento del país, que estaba cansado de sus tiranías, y murió defendiéndose en su última trincherera de Cerro Corá en 1.º de marzo de 1870.

A la muerte de Solano López, nombróse un triunvirato que fué proclamado y aceptado por el pueblo el día 15 de agosto de aquel mismo año, aniversario de la fundación de Asunción, y que firmó un tratado de paz con los aliados.

CIRILO ANTONIO RIVAROLA. — Sancionada definitivamente la Constitución del país en 24 de noviembre, el mismo día fué nombrado por la Asamblea primer presidente constitucional de la República Cirilo Antonio Rivarola, que había ejercido hasta aquella fecha algunos cargos políticos secundarios. En 18 de diciembre de 1871, en vista de la oposición que le hacía el Congreso, renunció á la presidencia, entregando el mando al vicepresidente.

SALVADOR JOVELLANOS. — Nació en la Asunción en 1833 y fué educado en su país, pero desde muy joven se vió obligado á salir de él y establecerse en la República Argentina. Cuando estalló la guerra con Brasil, la Argentina y el Uruguay, Jovellanos se incorporó al ejército aliado; después de la guerra, y durante el gobierno provisorio, desempeñó la tesorería general, distinguiéndose por su laboriosidad y honradez. En 1870 fué nombrado secretario de Hacienda y en 1871 elegido presidente de la República, logrando con su sabio gobierno que renaciase la prosperidad del Paraguay, organizando de nuevo el régimen constitucional, creando tribunales y adoptando los códigos argentinos. En 25 de noviembre de 1874, terminado el período de tres años por el que había sido elegido, se retiró de la presidencia muy estimado de sus compatriotas.

JUAN BAUTISTA GIL. — Paraguayo de nacimiento, de sólida instrucción y hombre de muy clara inteligencia, fué nombrado presidente en 25 de noviembre de 1874. Durante su gobierno realizáronse en el Paraguay grandes mejoras materiales. Juan Bautista Gil fué asesinado en la calle de Villa Rica en la mañana del 12 de abril de 1877, cuando se dirigía desde su casa al palacio.

HIGINIO URIARTE. — Era vicepresidente de la República cuando murió Gil, y se hizo inmediatamente cargo del mando, que desempeñó hasta 25 de noviembre de 1878.

CÁNDIDO BARREIRO. — Era natural del Paraguay y gozaba fama de notable estadista. Fué secretario general en 1870, y las excepcionales dotes que demostró en el desempeño de este cargo hicieron que al terminar el gobierno de Uriarte fuese elegido presidente de la República. Mejoró todos los ramos de la administración y falleció en septiembre de 1880.

BERNARDINO CABALLERO. — Por renuncia del vicepresidente Adolfo Saguier, eligióse, á la muerte de Barreiro, presidente provisional de la República á Bernardino Caballero, distinguido hombre de letras que había ejercido importantes cargos públicos. Después de completar el período constitucional de su antecesor, fué elegido presidente efectivo en 25 de noviembre de 1882 por cuatro años. Hombre de inteligencia y de orden, condujo al país por la senda del progreso é impulsó especialmente la instrucción pública.

PATRICIO ESCOBAR. — Elegido presidente al finalizar el gobierno de Caballero, ejerció su cargo durante todo el período constitucional, ó sea hasta 25 de noviembre de 1890.

JUAN G. GONZÁLEZ. — Elevado á la presidencia al cesar Escobar, no pudo terminar el período constitucional, pues en 9 de junio de 1890 fué destituido á consecuencia de una sublevación del ejército.

MARCOS MORINIGO. — Como vicepresidente que era al ser derribado González, terminó el período constitucional que á éste correspondía.

JUAN B. EGÚSQUIZA. — Fué elegido en 25 de noviembre de 1894 y desempeña actualmente la presidencia de la República paraguaya. — X.



Jefes del Estado de la República del Paraguay durante el presente siglo

## LAS NOCHES MADRILEÑAS

## LA FLORISTA DE TEATRO

(Véase el grabado que publicamos en la página 168)

Según afirma la prensa, el *debut* de la hermosa Jenny Carrasperoff, ilustre *prima donna* procedente del teatro imperial de San Petersburgo, promete ser un acontecimiento musical, pues *La Africana* cantada por ella y por Tonini, Pepini y Melonini resultará indudablemente una cosa nunca vista ni oída por los *diletantis* de la villa y corte. Algo y aun algo habrá luego que rebajar de tan lisonjeros pronósticos; pero por lo pronto la empresa ha hecho su agosto, y los revendedores tratan con olímpico desprecio á los pobretes que ofrecen tres duros por una butaca.

— ¡Hoy está el papel caro!, dice el Pelma, honorable jefe de la partida de explotadores al por menor del distinguido coliseo, contendiendo con un aspirante á espectador. El que quiera música tiene que aflojar la mosca.

— Pero hombre, veinticinco pesetas por una butaca de la fila diez es una atrocidad. Creo que con cuatro duros estaría bien...

— Pues dejarlo, otro las dará. No quedarán arriba de dos docenas, y en la media hora que falta para subir el telón, ya verá usted cómo se vende todo y más que hubiera. ¡Butacas!.. ¿Quién las quiere de la fila diez?..

El comprador vacila; por debajo del *macferlán* se nota que registra los bolsillos del chaleco, cerciorándose por el tacto de la cantidad de numerario que atesoran. El resultado del arqueo no parece corresponder á sus planes, pues en su fisonomía se dibuja un gesto de contrariedad.

— ¡Maldita sota!, murmura entre dientes. ¡Quién me mandaba apuntar las cien pesetas, que ahora me vendrían al pelo!.. Y si esta noche no me ve Elena en las butacas, me he caído. Ya anda bastante escamada la familia...

El revendedor comprende la situación financiera del prójimo del *macferlán*, y dando media vuelta le abandona como á cosa perdida, dirigiéndose hacia unos sujetos que bajan de un coche, á los que grita desde lejos:

— ¡Butacas, buenas butacas de la fila diez! Viéndose desahuciado el *amatore* incógnito, comienza á pasearse con rumbo incierto entre los grupos de gentes que afluyen al teatro, espionando con ansiedad á los que revenden localidades, con la esperanza de que alguno de aquellos sátrapas rebajará el exorbitante precio; pero es en vano; los satélites del Pelma tienen su consigna, conocen al público y hasta hay alguno que se atreve á pedir algo más de los cinco duros consabidos.

— ¡Vaya, voy viendo que hoy hago la gran plancha, dice el pobre hombre, y eso después de haberles dicho á aquellas señoras que nos veríamos aquí! ¡Caracoles! ¿No habrá nadie por ahí que le preste un par de duros á un *sportman* como yo?

En aquel momento Hortensia, la agraciada y desenvuelta florista de los estrenos y de las noches de moda, con un elegante vestido negro y su delantal de nítida blancura, se aproxima al comprometido caballero, y presentándole el canastillo repleto de flores le dice:

— Buenas noches, D. Ricardo, ¿quiere usted algo?  
— ¡Calle, tú por aquí!..  
— Tome usted una gardenia.

— No, chica; si no voy al teatro.  
— ¡Cómo! ¿No va usted y se ha puesto el fracolín? Entonces irá usted de reunión. Me es igual. Lleve usted un ramillete de violetas de Parma. Son de las que á usted le gustan. ¡Y huelen tan bien!..

— Déjame á mí de violetas. Lo que yo quisiera es...  
— ¿Qué?  
— Nada.

— Pues hijo, el que nada no se ahoga.  
— Pero ¿has visto qué caras están las butacas esta noche?, dice Ricardo, no pudiendo contener este lamento dolorido de su bolsillo.

— ¡Ah, vamos, ya!, responde la ramilleteira soltando una sonora carcajada. Hoy le han pelado á usted en el Casino, como si lo viera; yo no he tenido tiempo de ir por allí, pero me lo figuro. Habrá estado usted con Frasquito, el conde y todos esos...

— Sí, chica; me han dejado con cuatro duros.  
— Y las butacas á cinco, comprendido.  
— Eso es justamente: ya veo que como siempre eres una chica lista muy guapa, ó una chica guapa muy lista. Como más te guste.

— Cállese usted, D. Ricardo, y déjese de tonterías. A usted lo que le hace ahora al caso es una butaca y la va usted á tener. Oye, tú, Pelma, dale una butaca buena aquí á D. Ricardo.

— Mira, niña, que están á cinco duros, contesta el revendedor.

— ¿Y qué? Aun cuando costaran diez; dale el billete al señor.

— Pero, Hortensia, si ya sabes..., exclama Ricardo.  
— Nada, no sé nada. Tómela usted y á callar. Mira, Pelma, ya me dirás lo que te debo.

— Pues *salú* y que usted se divierta, caballero. Aquí tiene usted: fila diez, número doce.

— Gracias, Hortensia.  
— Ahora tome usted una gardenia y adentro, y si hay necesidad de algun *bouquet*, ya me lo dirá usted en el entreacto.

— Chiquilla, responde alegremente Ricardo, eres el *non plus* de las floristas. Te debo...

— Ya, ya lo pagará usted. Adiós, hasta luego.  
— Hasta después, hermosa.

Y Ricardo, con la cabeza erguida, el continente altivo y el paso arrogante, penetra en el teatro, mientras la ramilleteira le dice confidencialmente al Pelma, que la reconviene por su generosidad:

— Es un chico que ha de heredar muchos millones, y aun cuando así no fuera, es un punto que tiene la gran suerte; la mayor parte de los días se saca del Casino ó del Veloz un fajo de billetes de Banco. Él pagará y con intereses ¡Ha habido días que por un ramito me ha dado cincuenta pesetas!

Hortensia no puede proseguir la biografía de Ricardo, porque una hermosa dama, vestida de blanco y envuelta en un precioso abrigo guarnecido de Mongolia, cruza por delante de ella, cogida del brazo de un caballero barbudo de aspecto vulgarote. La florista se interpone y saluda cariñosamente á la pareja.

— ¡Doña Clotilde, cuánto tiempo sin verla!  
— Hortensia, ¿usted por aquí?

— Sí, señorita, ganando el panecillo.  
— Ramón, dice entonces la dama á su acompañante, acércate al cartel y veas quién hace de Nelusco.

El caballero barbudo obedece inmediatamente la orden, y entonces Clotilde dice rápidamente y en voz baja á la florista:

— Mañana, á las dos, sin falta en casa. Tengo un aderezo de brillantes riquísimo y me convendría darle salida sin que mi marido se entere.  
— Iré sin falta.

— Le dice usted á la doncella que es la modista.  
— Entendido, justamente tengo un encargo que...  
— Melonini, chica, dice Ramón. Vamos, no te entretengas...

— Lléveme usted un ramito, señor, insinúa la florista.  
— Clotilde, toma el que quieras, monina.

La dama coge un *bouquet* diminuto del canastillo de Hortensia.

— ¿Cuánto es?, pregunta el generoso acompañante.  
— Por ser para la señorita una peseta. Es lo que me cuesta.

Ramón entrega la cantidad pedida á la ramilleteira y ofrece el brazo á su mujer, que se despide de Hortensia saludándola cariñosamente.

— Vamos, no se presenta mal la noche, murmuró la joven. D. Ramón es un *panoli*, y ella con tal de lucir y gastar moños es capaz de vender el alma al diablo.

Un pollo gomoso, enclenque y con el monóculo en el ojo izquierdo, interrumpe las reflexiones filosóficas de la florista, diciéndole:

— Preciosa, ¿ya no se saluda á los amigos?  
— No le había visto á usted, D. Alfonsito de mis pecados.

— Pues yo he venido esta noche al teatro exclusivamente por ti. ¡Ingratona!

— ¡Ja, ja! Algo menos será.  
— Cada día estás más guapa y más seductora.

— Y usted cada día más *chiflao*.  
— Por ti muchísimo.

— Pues cómpreme usted dulces.  
— Dulces y todo lo que se te ocurra te compraré yo si tú quieres.

— ¡Jesús, D. Alfonsito, y qué generoso está hoy el tiempo! Vaya, pues tome usted una gardenia.

— Si ya llevo otra.  
— ¿Y quién se la ha dado á usted?

— Mi futura.  
— Ya, la *escuchimizá* aquella á la que me envié usted con el ramo de camelias.

— La misma.  
— Y qué mal gusto tiene usted, D. Alfonsito.

— Sí que es feilla la pobre, pero heredaré medio millón de duros.

— ¡Caramba! Comprendo que esté usted tan enamorado... Vamos, pues si no quiere usted que perdamos las amistades, déme usted la gardenia esa y tome usted esta otra.

— Si tienes empeño, por complacerte...

Hortensia arranca la gardenia del ojal del frac del pollo y la echa al cestillo, diciendo:

— ¡Jesús, qué flor tan pocha y tan fea! Esta que le voy á poner sí que es bonita.

— ¡Ay, si Artemisa lo supiera!, dice Alfonsito.  
— Pero como no lo sabrá, en paz y jugando. Oiga usted, ¿viene aquí esta noche su futura?

— Sí, pero tarde. Ya te avisaré para que le lleves flores. Pero no seas pizpireta y haz como si no me conocieras.

— ¡Y luego dice usted que me quiere tanto y que está perdido por mí!.. Bueno es saberlo.

— Pero Hortensia, una cosa es que yo esté enamorado de ti, y otra...

— Sí, otra cosa es el negocio. ¿Verdaz, usted?

— Pero, hija...  
— Pero, papá...

— En fin, no te amosques. Te convidó luego á cenar en Fornos.

— Eso quisiera usted. ¡Pues no se reiría usted poco!

— Y tú también te reirías, me parece.  
— Pues límpieme usted, que está de huevo.

— Vamos, hay celitos.  
— Hombre, no sea *gilli*. ¿Celos, por qué, ni de quién? ¡Ay qué gracia! Si yo ya tengo quien me quiere con buen fin, por el camino de la Vicaría. Vaya, D. Alfonsito, tengo prisa, que la función va á comenzar y ahora es cuando hay que hacer la venta.

— Que tengas preparado un buen ramo para el segundo entreacto.

— Pierda usted cuidado, que no faltará.  
— ¿Qué te debo?

— Nada, ya me lo cobraré en el ramo.  
— Pues hasta luego, y ya sabes que se te quiere.

— Estimando, D. Alfonsito, y vamos cada cual á nuestro negocio, que es tarde y va á llover.

Y dicho esto, Hortensia da media vuelta y llama á un pillete de boina que vende *La Correspondencia*.

— Miguel, ¡ven acá, condenado!

— ¿Qué quieres?  
— ¿Te quedan muchas?

— Seis.  
— Pues anda, y dile á madre que haga un ramo fino de tres pesetas con papel y te lo traes en seguidito.

— ¡Mia tú que ir ahora tan lejos!, refunfuña el muchacho. ¡Y aún me quedan seis!

— Por el camino vas voceando. Ya estás de vuelta, mira que si no vienes pronto te doy una de moji-cones que te vas á chupar los dedos.

— Ya voy, mujer, ya voy. Pero está muy lejos y aún me quedan seis...

— ¡Seis mil demonios que te lleven! Menos conversación y al avío.

El chiquillo sale disparado gritando: *¡La Correspondenciaaaa!*, y Hortensia se dirige hacia la entrada del *foyer*, diciéndole al pasar al Pelma con picaresca entonación:

— ¿Quiere usted un ramito, caballero?

— Si fuera una chuleta, responde el revendedor.

— Pues mira, si te esperas á que luego venga mi tío Isidro por mí, ya verás qué ricos nos las comemos en Barrionuevo á la salud de los tontos que compran florecitas...

A. DANVILA JALDERO

## NUESTROS GRABADOS

**Una consulta, cuadro de Jiménez Prieto.**— Las costumbres españolas de principios de este siglo han interesado á no pocos artistas, que se han prendado de aquellas escenas y tipos que tan magistralmente describieron Mesonero Romanos y Antonio Flores. Pero si son muchos los que se han dedicado á pintar casacones y peluquines, no son tantos los que han acertado á interpretar el espíritu de la época, como lo hizo un día Fortuny y como lo hace hoy Jiménez Aranda. Entre estos pocos bien merece ser colocado el autor de *Una consulta*, Jiménez Prieto, cuyo cuadro tiene todo el carácter de aquellos tiempos que le comunican no sólo la indumentaria, los muebles y los adornos, sino el ambiente que en la estancia se respira, y la expresión de cada una de las figuras y la misma manera de presentar el asunto del enfermo consultando á los doctores.

**Busto de mujer, cuadro de E. J. Poynter.**— Nada diremos en elogio del autor de esta pintura, porque su nombre es bastante conocido en el mundo del arte y aun entre los simples aficionados. Miembro de la Real Academia de Londres, este solo título es suficiente para merecerle el respeto y la admiración de cuantos saben que sólo los verdaderos maestros logran ingresar en aquella corporación inglesa. El cuadro suyo que hoy reproducimos pertenece á la escuela, hoy muy en boga en Inglaterra, que se inspira en los antiguos clásicos y busca en la corrección de líneas y en la finura y delicadeza de tonos el efecto que otros logran con los trazos vigorosos y el colorido enérgico, produciendo con estos medios sencillos una emoción suave, pero no por esto menos agradable y duradera en el ánimo de cuantos contemplan los lienzos por tal procedimiento pintados.

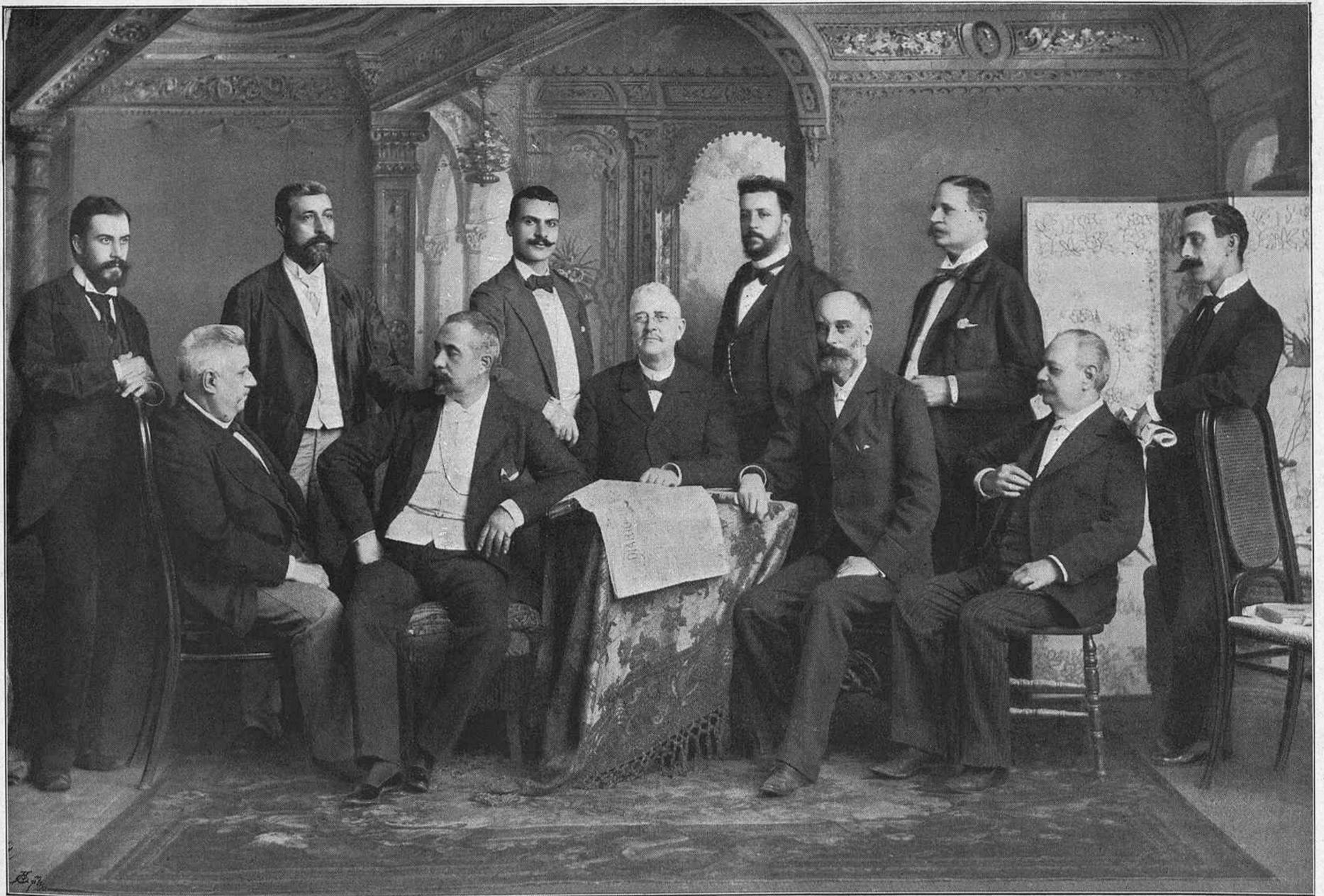
**Modestia, cuadro de Harriet Staité.**— La expresión de un sentimiento es sin disputa de lo más difícil de obte-



BUSTO DE MUJER, cuadro de E. J. Poynter



MODESTIA, cuadro de Harriet Staite



D. Enrique Vera      D. José Gutiérrez      D. Miguel Espinosa      D. José Pitahiga      D. Jacobo Domínguez      D. Alfredo Martín Morales

D. José E. Triay      D. Victoriano Otero      D. Prudencio Rabell      D. Nicolás Rivero      D. Francisco de Armas y Céspedes

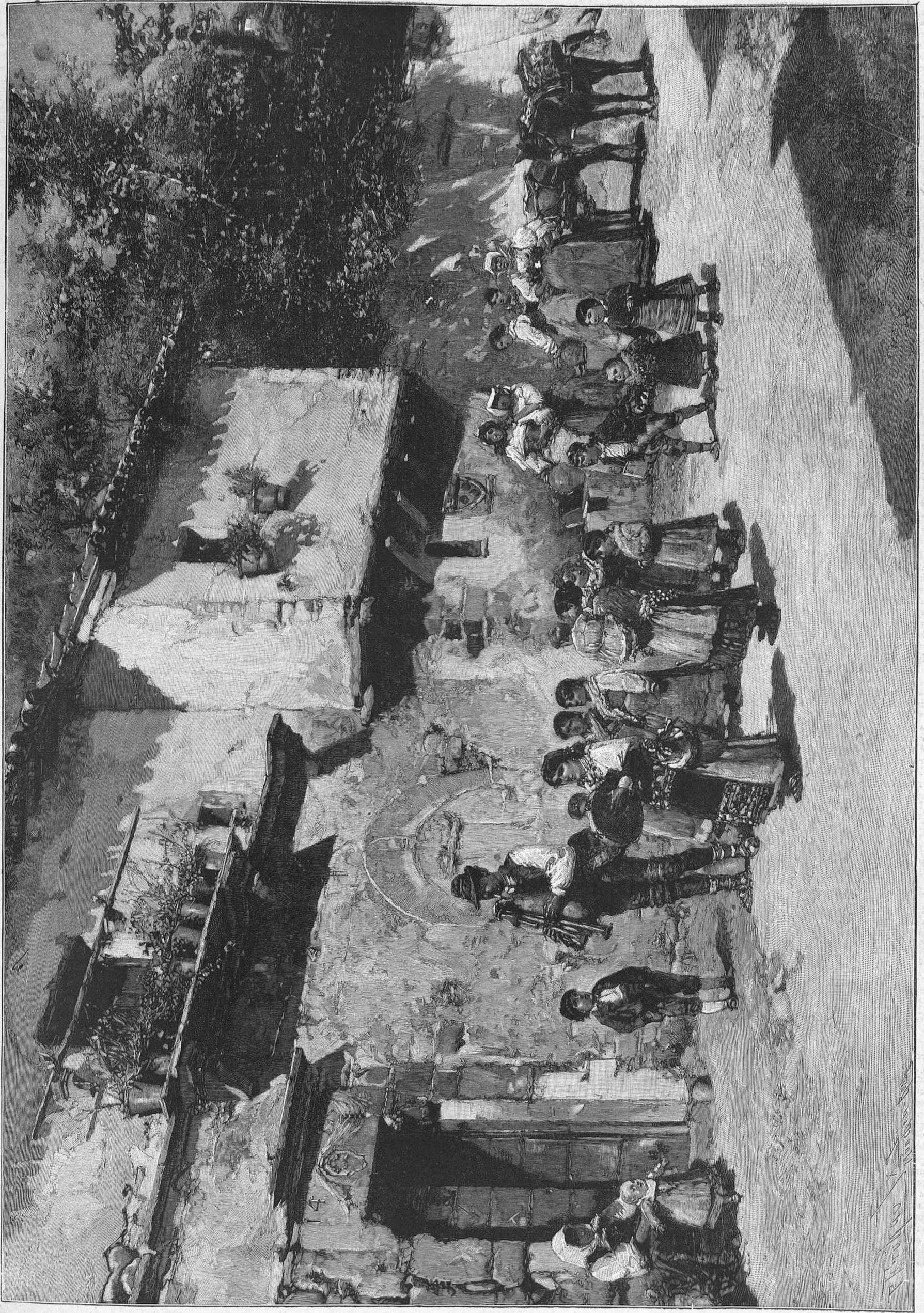
PROPIETARIO, REDACTORES Y ADMINISTRADOR DEL IMPORTANTE PERIÓDICO POLÍTICO DE LA HABANA «DIARIO DE LA MARINA»

(de fotografía de los Sres. Otero y Colominas)



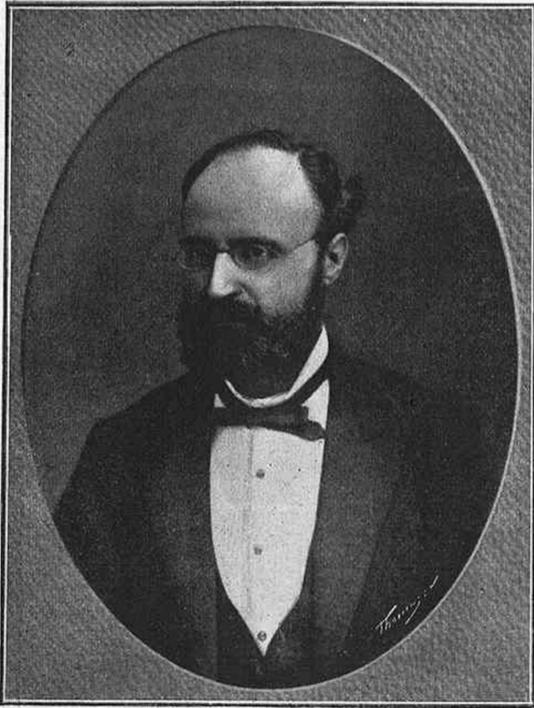
LAS NOCHES MADRILEÑAS. - La florista de teatro, dibujo de N. Méndez Bringa

(Véase el artículo de A. Danvila Jaldero)



MÚSICOS CALLEJEROS EN UNA ALDEA DE ITALIA, cuadro de Mariano Barbasán

ner en pintura, porque no se trata de copiar contornos y matices, sino de infundir un alma, por decirlo así, en el inanimado lienzo. Por esto cuando un artista logra, como el autor de *Mo-destia*, producir una obra tan acabada como la que publicamos y que llamó mucho la atención en una exposición celebrada recientemente por el Real Instituto de pintores al óleo de Londres, bien puede decirse que ha alcanzado un alto grado de perfección en el arte que cultiva.



D. ENRIQUE CLAUDIO GIRBAL, cronista de Gerona, fallecido en 16 de enero último (de fotografía de Amis Unal, de Gerona)

**Enrique Claudio Girbal, cronista de Gerona,** fallecido en aquella ciudad el 16 de enero último. Nació en 1837, alcanzó de lleno en sus juveniles años el renacimiento literario de nuestra región, publicando bajo el pseudónimo de *El Trovador del Onyar* un tomo de poesías catalanas, titulado *Follies*, y otro de composiciones castellanas con el epígrafe de *Espumas y Rasguos*. A pesar de sus estimables aptitudes para el cultivo de la poesía, distinguióse especialmente Girbal por la valía de sus trabajos históricos, mereciendo citarse entre ellos los siguientes: *Bañolas*, noticias históricas de esta villa; *Gula cicerone de la inmortal Gerona*; *El Príncipe de Gerona*, historia de este antiguo título y personajes que lo usaron; *Escritores gerundenses*, apuntes biográficos; *Los judíos en Gerona*; *Album monumental de Gerona*; *El sitio de Gerona en 1284*; *Catálogo razonado de los cuadros del Museo provincial de Gerona*; *El santuario de Sant Gran*; *Tossa*, noticias históricas de esta villa; *El castillo de Brunyola*; *Biografía del cardenal gerundense D. Fray Benito de Sula y Caramany*; *Epistolario del citado cardenal*; *Una obra en prosa del Doctor Vicens García, Rector de Vallfogona*; *Estudio histórico-artístico acerca de los llamados baños árabes de Gerona*, etc., etc. Contribuyó poderosamente



EXCMO. SR. D. JUAN AROLAS Y ESPLUGUES, general de brigada en el ejército de operaciones en Cuba

á sostener la importancia del núcleo literario gerundense, caracterizado, dentro de nuestro movimiento, por los notables estudios históricos; procurando, en unión de sus entusiastas compañeros Grahit, Alsina y Botet y Sisó, sacar del olvido los hechos del pasado.

Desempeñaba Girbal, entre otros, los cargos de cronista de la ciudad de Gerona, inspector de antigüedades, individuo correspondiente de las Reales Academias de la Historia y de San Fernando y de la de Buenas Letras de Barcelona, y el de vocal secretario de la comisión provincial de monumentos históricos y artísticos de Gerona.

Su temprana muerte ha sido sentida por todos cuantos pudieron apreciar sus excelentes cualidades y por los que sin conocerle tuvimos ocasión de apreciar la valía de sus trabajos. Por nuestra parte publicamos su retrato, como justo homenaje al que tanto honró á su patria y le dedicó siempre las producciones de su ingenio y el resultado de sus estudios.

**El general Arolas.**—El bizarro militar recientemente destinado al ejército de Cuba procede del arma de infantería; su nombre ha figurado en todas las campañas que ha debido sostener nuestro ejército desde la memorable guerra de Africa, y en todas se ha batido valerosamente. Durante su mando en Ioló demostró ser tan enérgico y sabio gobernante como valiente soldado, conteniendo y dominando á los levantiscos ha-

bitantes de aquel archipiélago filipino y organizando el dominio español en aquellas islas sobre fuertes cimientos. Cuando la guerra de Melilla fué por poco tiempo gobernador de aquella plaza. Recientemente, algunas declaraciones suyas, que el gobierno estimó contrarias al régimen existente y por tanto poco en armonía con la disciplina militar, le valieron algunas semanas de reclusión en un castillo. El general Arolas es conocido por sus ideas republicanas; pero para él antes que la república y antes que toda forma política está la patria, por la cual está dispuesto á luchar y á morir: de aquí su designación para un mando en el ejército de Cuba, en donde no tardará de seguro en añadir nuevos lauros á los muchos conquistados en su brillante carrera.

**La Redacción del «Diario de la Marina» de la Habana.**—Es el *Diario de la Marina* el más antiguo y uno de los más importantes de cuantos periódicos españoles se publican en América: fué fundado en 1840 por D. Isidoro Araújo de Lira, á quien mató en desafío, veintidós años más tarde, don Benjamín Fernández Vallín, y de su dirección han estado encargados hombres ilustres en todas las carreras. El *Diario de la Marina* pertenece á una sociedad anónima, al frente de cuyo consejo de administración figura el acaudalado industrial catalán D. Prudencio Rabell, dueño de *La Legitimidad* y de otras importantes fábricas de tabacos de la isla de Cuba. El actual director del periódico, D. Nicolás Rivero, peleó en las filas carlistas durante la última guerra, terminada la cual se trasladó á Cuba, en donde había estado ya otra vez como deportado por sus ideas políticas y en donde fundó *El Rayo*, *El Español* y *El Eco de Covadonga*. Dirigió *El Español* cuando fué llamado á la redacción del que hoy dirige y en el cual ha introducido grandes reformas: en la actualidad es vicepresidente de la Diputación Provincial de la Habana. D. José E. Triay, redactor en jefe del *Diario de la Marina*, es el decano de los periodistas españoles en Cuba: de cajista de *La Aurora* pasó á gacetero; dirigió luego el *Boletín Mercantil de Cárdenas*, fundó *La Voz de Cuba* y figuró en la redacción y dirección de otros varios periódicos literarios y políticos. Forman parte de la redacción del *Diario* D. Francisco de Armas y Céspedes, diputado á Cortes en varias legislaturas y consejero de Estado, notable escritor y hombre versadísimo en la ciencia del derecho y en la administración; D. Alfredo Martín Morales, abogado, orador elocuente y castizo periodista; D. Miguel Espinosa, el más joven de los redactores del periódico; D. Enrique de Vera y González, que ha dirigido varios periódicos en Madrid; D. José Pitahiga y Gasturde, á quien se considera como el primer reporter de los diarios habaneros; D. Jacobo Domínguez Santi, poeta festivo, que está encargado de la gaceta y que hace más de treinta años viene figurando en la prensa de Cuba, y D. Miguel Gutiérrez, que al hacerse el grupo de los redactores del *Diario* era traductor del mismo, habiendo sido luego reemplazado por el notable poliglota y reputado periodista cubano D. Guillermo Schawer. El *Diario* cuenta además entre sus redactores á D. Luis S. Solís, D. Ramón S. Mendoza, D. Julián de Ayala, D. Teófilo Pérez y D. José Fernández, que se hallan en campaña encargados de transmitir noticias de la guerra, razón por la cual sus retratos no figuran en el grupo. Administra el *Diario de la Marina* D. Victoriano Otero, que ha desempeñado dos veces interinamente la dirección del mismo y que domina los asuntos comerciales y cuantas materias se relacionan con la economía política.

El grupo que reproducimos está tomado de una fotografía que han tenido la amabilidad de enviarnos nuestros correspondientes los Sres. Otero y Colominas, reputados fotógrafos de la Habana, á quienes damos las más expresivas gracias.

**Músicos callejeros en una aldea de Italia,** cuadro de Mariano Barbasán. — En el último número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos una obra alegórica de nuestro distinguido colaborador Sr. Barbasán, que nos dió pie para repetir los elogios que en distintas ocasiones hemos dedicado á las obras del notable artista español. El cuadro que en el presente reproducimos es de un género completamente distinto; nada hay en él producto de la fantasía, todo está tomado de la realidad, observada por un espíritu atento que se asimila el espectáculo bellísimo que á sus ojos se ofrece y lo traslada al lienzo sin que pierda un ápice la verdad, ni en su conjunto ni en sus detalles. Con este cuadro nos transporta Barbasán á una de esas poéticas aldeas de Italia que una vez vistas difícilmente se olvidan, y contemplándolo nos parece que el sol de aquella hermosa tierra alumbró el paisaje y caldea la atmósfera, que á la sombra de los árboles del fondo aspirase el aire con delicia, que los toscos instrumentos emiten suaves sonidos y que toda aquella gente muévase y se agita, animada por el soplo mágico del genio del artista. No es fácil expresar con más verdad y al par más poéticamente aquella escena y aquellas figuras y aquella casa, arrancados del natural y pintados por un verdadero maestro.

**Federico Barbarroja proclamado emperador de Alemania, alto relieve de Clemente Buscher.** — Tiene este alto relieve hermosa perspectiva, y las numerosas figuras que lo componen están hábilmente agrupadas de modo que la atención se concentre con preferencia en las principales, el emperador y el prelado que le bendice y consagra. A pesar de la multitud de aquéllas, no presenta la obra la menor confusión, gracias al acierto con que el artista ha dispuesto los términos, dando á cada uno el valor que le corresponde. En cuanto á los méritos de detalle, saltan demasiado á la vista para que nos detengamos á enumerarlos, pues hasta en los pormenores más insignificantes manifiéstase la mano del artista concienzudo que no se limita á apuntarlos, sino que los desarrolla con laudable minuciosidad.

**¡Mira, allá!, escultura de Ricardo Jakic** — Obsérvanse en esta obra las buenas cualidades que en materia de escultura pueden exigirse: hay en ella naturalidad en las actitudes, movimiento en los cuerpos, expresión en los rostros y acertada combinación en las líneas, resultando una composición notable bajo todos conceptos.

**Ambrosio Thomás.** — El decano de los músicos franceses Carlos Luis Ambrosio Thomás, gran cruz de la Legión de Honor, miembro del Instituto de Francia y director del Conservatorio Nacional de Música, acaba de fallecer á los ochenta y cinco años de edad. Nació en Metz en 5 de agosto de 1811, entró á los diez y seis años en el Conservatorio, y á los cuatro de brillantes estudios partió para Roma, después de haber alcanzado los primeros premios de piano, armonía y composición.

A su regreso de la ciudad eterna, debutó modestamente con una ópera cómica en un acto, *La double échelle*; luego, durante un período de treinta años, dió una larga serie de obras demasiado numerosas para ser citadas en esta ligera noticia, y en 1866 y en 1868 coronó su carrera artística con dos óperas como *Mignón* y *Hámlet*, que revelan al músico inspirado y al gran compositor. Ambrosio Thomás sucedió á Auter como director del Conservatorio en julio de 1871.

MISCELÁNEA

**Teatros. — Madrid.** — Se han estrenado con buen éxito: en Eslava *El cortejo de la Irene*, zarzuela en un acto y cinco cuadros, letra del Sr. Fernández Shaw y música del maestro Chapí; en la Zarzuela *El rompeolas*, juguete lírico en un acto, letra de los Sres. Cantó y Arambillet y música del maestro Santamaría; en Lara *La praviána*, bonita pieza en un acto de Vital Aza; en la Comedia *Altezas del honor*, interesante y muy bien escrito drama en tres actos del Sr. Novo y Colson, y en Romea *El Heraldo de Madrid*, graciosa revista en un acto de Angel Caamaño con música del maestro Calleja. El estreno en el Español de *Maria del Carmen*, de Feliu y Codina, ha sido un verdadero acontecimiento; el público con sus entusiastas aplausos y la crítica con sus alabanzas han coincidido en apreciar la última obra del ilustre escritor catalán como una joya del teatro español contemporáneo.



EL CÉLEBRE COMPOSITOR AMBROSIO THOMÁS fallecido el día 12 del presente mes

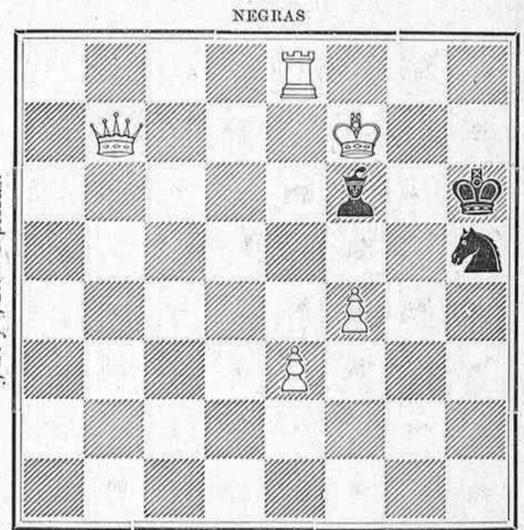
**Barcelona.** — El Liceo ha cerrado sus puertas, habiendo sido una de las últimas funciones el beneficio del maestro Vanzo, á quien el público barcelonés reiteró en aquella noche las muestras de simpatía y de entusiasmo que tan justamente le ha prodigado durante toda la temporada. En Romea se ha estrenado con gran éxito *Lo general No importa*, drama en tres actos de Teodoro Baró, de argumento interesante y muy bien escrito, que ha venido á recordar los buenos tiempos del teatro catalán. En el Eldorado se ha puesto en escena con aplauso *La maja*, zarzuela en un acto de los Sres. Perrín y Palacios con música del maestro Nieto.

Cuando se ha visto una sola vez la acción maravillosa de la CREMA SIMON contra las GRIETAS ó las PICADURAS DE MOSQUITOS, se comprende que no haya ningún Cold-Cream más eficaz para mantener el cutis en buen estado. Los POLVOS DE ARROZ y el JABON SIMON completan los buenos efectos de la Crema. Hay numerosas imitaciones ó falsificaciones: para evitarlas, asegurarse de que los frascos llevan la firma del inventor,

J. SIMÓN, 13, r. Grange-Batelière, PARÍS.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 7, POR JOSÉ BELTRÁN INFANZÓN



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA N.º 6, POR VICTORIANO AOIZ

- |                           |              |
|---------------------------|--------------|
| Blancas.                  | Negras.      |
| 1. C2 CD                  | 1. A3 AD (*) |
| 2. C7 AD jaque            | 2. R juega   |
| 3. P4 AD ó A toma C mate. |              |

(\*) Si las negras juegan 1. C5 AD, las blancas continúan así: 2. C7 AD jaque y 3. T ó C mate; — si 1. P5 AR; 2. T6 CD jaque y 3. P4 AD mate, — y si 1. A negro juega á otra casilla distinta de 3 AD; 2. T ó C jaque, etc.

## EN BUSCA DE UN IDEAL

NOVELA ORIGINAL DE JUANA MAIRET. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Mila y algunos de sus amigos habían tomado por costumbre reunirse en el taller durante la sesión de cada día ó después de ella; el Sr. Macready asistía casi de continuo, y la deferencia que Wilbur Nevin le manifestaba no le era indiferente. Si en la pintura de aquel retrato se notaba todavía un poco de crudeza, era, no obstante, una obra perfecta y vigorosa, que debía honrar mucho al artista, y el Sr. Macready acabó por interesarse en ella apasionadamente.

El taller era un terreno neutral; á no ser así, por nada del mundo hubiera hecho á la señorita del Paso las numerosas visitas que se creía autorizado á hacer al pintor; pero ocupábase en estudiar el modelo más bien que el retrato, y este estudio le agradaba singularmente.

Los días de invierno son cortos, y forzoso era dejar muy temprano los pinceles á un lado, lo cual irritaba al artista; pero á veces se quedaban todos largo tiempo, conversando á la luz de las lámparas, mientras bebían el te, preparado por las señoritas Matthews ú otras jóvenes amigas de Mila.

Cierto día, estando ya casi concluido el retrato, la princesa Pignacci, que había llegado sola, invitó á Mila á dar un paseo en coche por el Bosque de Bolonia. Después de un período de frío bastante riguroso, hacía un tiempo magnífico, y en el aire presentíase la primavera; era en los primeros días de febrero, y todo parecía renacer en la naturaleza. Había algo alegre en el aire puro; las nubes blancas corrían por un cielo de color pálido y parecían perseguirse como niños un poco traviesos. Mila, muy sensible á las influencias del tiempo, sonreía de placer, feliz ante aquella alegría de la naturaleza.

— ¡Qué bueno es vivir!, exclamó, aspirando el aire con delicia.

La princesa miró á la joven, sonriendo tristemente. Cuando se hallaba en presencia de esta desgraciada mujer, Mila solía hablar muy poco, y hasta experimentaba cierto malestar; pero aquel día estaba alegre y no trató de ocultarlo.

— Disfrute usted de esta felicidad mientras pueda, señorita, dijo la princesa; pues día llegará, bien pronto, en que le será indiferente ver la nieve ó la verdura, sentir un rayo de sol ó una brisa helada.

Casi todos llamaban á la joven por su nombre de pila; pero la princesa hacía excepción, mostrándose siempre un poco ceremoniosa en su benevolencia.

— No creo que ese día llegue nunca, señora, contestó la joven. Sé muy bien que la felicidad es cosa poco duradera; que la suerte no será más favorable para mí que para cualquiera otra; y por eso trato de prepararme para los pesares inevitables de la vida, concentrando mis fuerzas. Pero suceda lo que quiera, pienso que siempre sabré dar gracias á Dios por el sol que nos envía y que luce para todos, así como podré siempre estremecerme de placer al cantar alguna música hermosa.

— Tiene usted razón; yo soy la que está en un error. Bien mirado, tal vez sea cuestión de temperamento mirar la vida de estas dos maneras. Hay naturalezas cuyo muelle, por decirlo así, no está quebrantado ni por las penas ni por la injusticia, y yo las envidio desde muy lejos. En todo caso, hija mía, puedo apreciar lo que apenas sé poner en práctica. Tal vez no imagine usted con qué simpatía he seguido los pasos de su carrera triunfal.

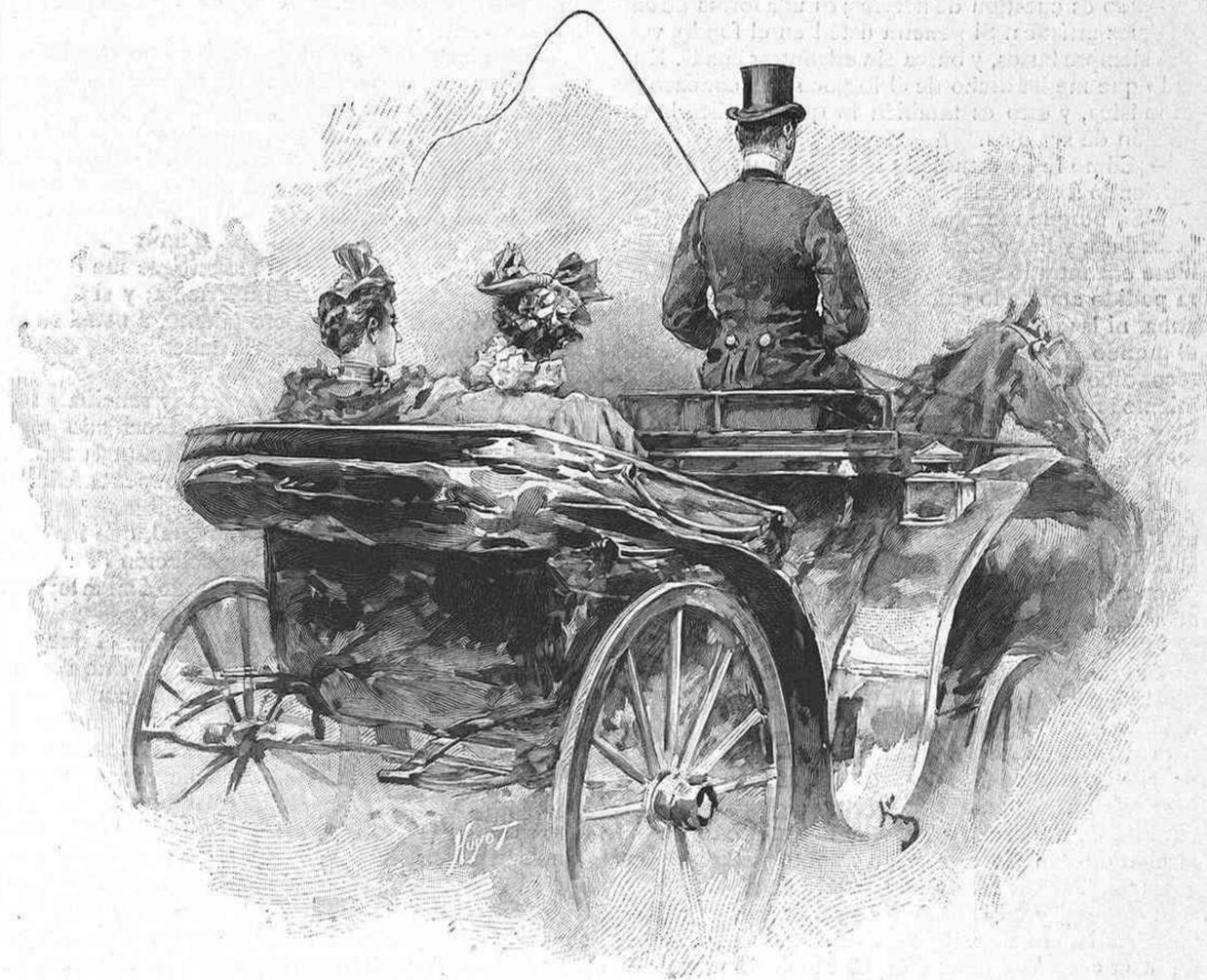
— Lo agradezco mucho, señora, créalo usted.  
— ¡Oh! No me ha de dar gracias por eso. Lo que usted siente al contacto de un rayo de sol, yo lo siento al mirar un rostro en que no se ve ninguna nube. Adoro la felicidad en los otros, y acecho celosamente todo lo que podría perturbarla; siento el deseo de resguardarla con precauciones y ternuras de madre, y por eso...

La princesa se interrumpió bruscamente; y algo extraño en su manera de pronunciar estas palabras llamó la atención de Mila. Adivinaba poco más ó menos lo que iba á seguir, pero repuso con calma:

— ¿Y por eso?..  
— Por eso, señorita, le dijo, mucho cuidado, porque está usted á punto de aventurar esa felicidad y de perderla tal vez. Hasta ahora todo le ha sido fácil; no ha conocido jamás las dificultades, la gloria ha venido á buscarla, y por una rara casualidad no se la han hecho pagar á usted. No da usted motivo

á ser objeto de murmuración; hasta sus mismas rivales, aun aborreciéndola, se callan, como es muy natural, porque no encuentran nada que decir. En nuestra sociedad usted es la niña mimada por excelencia; conténtese con estas felicidades, y sobre todo con ser una verdadera artista; viva para su arte y tan sólo para él. Me parece que esto debería bastar para la

Muy ingenuamente, dejándome llevar de mi naturaleza entusiasta, comencé por adorar á mi esposo, y bien poco hubiera bastado para hacerme feliz, ó por lo menos para que estuviese contenta con mi suerte; pero hasta ese poco me fué rehusado. ¿Sabe usted cuál era la queja principal contra mí? Pues tan sólo que yo pertenecía á otra raza; que hablaba, que pen-



La princesa Pignacci invitó á Mila á dar un paseo en coche por el Bosque de Bolonia

alegría de una vida. ¡Cuántas se darían por satisfechas!

— ¿Y quién la dice á usted, princesa, que el arte no me baste ya?

— Todo. Los demás adivinan poco más ó menos después dudan y olvidan; pero yo sé. Usted ama al Sr. Francisco Villeroy y es correspondida por él.

— ¿Me será permitido preguntar á usted qué la hace más perspícaz que yo misma?

La voz de Mila tomaba cierta aspereza.

— No, hija mía, no es lo que usted piensa. En mi intervención no hay ningún sentimiento de celos de mujer que no se pueda confesar. Desde la primera vez que vi á ustedes dos juntos adiviné lo que seguiría, y desde que leí en los ojos de usted, me afirmé en mi suposición. El Sr. Villeroy me interesa porque sé que es altivo, de carácter noble y hombre de genio, en mi concepto; pero usted me interesa más aún, porque encuentro en su persona algo de mi propia naturaleza cuando era muy joven. ¿La extraña esto? Ya sé que siempre fuí fea; pero no siempre me lo dieron á entender. Créame digna de ser amada, así como sabía que era capaz de amar; tenía audacia, como usted, ante lo desconocido, y parecíame que la felicidad me era debida. ¡Ay de mí!.

Mila tenía el corazón entusiasta y generoso, y olvidando su cólera de un momento, estrechó la mano de la princesa.

Esta última sonrió, y su sonrisa era tan benévola, que su rostro, aunque feo, pareció embellecerse.

— ¿Cómo es posible que no la hayan amado á usted?, exclamó la joven.

— Voy á decírselo á usted; y aunque rara vez hablo del pasado, quiero hacerlo ahora. ¿No es verdad que parezco vieja? Pues no cuento más de treinta años, y no había cumplido aún diez y ocho cuando me casé. Acataba la voluntad de mi madre cuando me uní con el príncipe, porque también era la mía.

saba y respiraba como americana; mi fealdad y mi humilde cuna no suponían nada en comparación con mi nacionalidad. El príncipe, reconociéndome superior á él — bien puedo decirlo ahora — por mi educación y mi elevado carácter, experimentó una especie de envidia feroz respecto á mí. Gran señor y de arrogante figura, había despreciado los libros así como á los que leen, siguiendo el ejemplo de tantos italianos de su clase. Su ignorancia era fenomenal, pero disfrazábala hábilmente, aparentando tomarlo todo á broma, aunque en la intimidad este disfraz se descubriría bien pronto. Entonces resultaba que todos nuestros instintos, aunque no diferentes, se hallaban en contradicción absoluta. Yo hubiera querido, por amor y por esa especie de humildad que del amor proviene, rebajarme á su nivel; pero cuanto más me esforzaba para hacerlo, más americana era. El antagonismo de raza, más aún que el de casta, exasperábase de año en año, casi de día en día; y yo, que he recibido mi educación en Francia, llegué á hablar el francés ó el italiano con un acento muy pronunciado. Crea usted que una mujer arriesga mucho cuando se casa con un extranjero.

— Sin embargo, repuso Mila, hemos visto tales matrimonios con muy buenos resultados por todos estilos.

— Sí, pero era porque el amor predominaba en ellos, y entonces todo es fácil, todo divino. ¿La ama Villeroy á usted así? ¿Le ama usted á su vez más que á su arte y más que á la gloria? En tal caso, únase usted á él sin temor; pero si vacila en contestar, debe temer que más tarde se acentúen las desemejanzas de los dos caracteres. Usted no es más que una niña, á pesar de sus veintidós años y de sus triunfos como cantante; usted adelanta en su carrera, risueña y confiada, disfrutando de la felicidad más ó menos completa, y esto es lo que la encanta. Mira usted las cosas con su sencillez y su rectitud naturales, dejan-

do á un lado los problemas perturbadores en vez de tratar de resolverlos; y para ser dichosa necesita el sol, así como el triunfo, los aplausos, los elogios y el ruido del mundo como el de la escena. No tiene usted un carácter inquieto y raro; es usted una verdadera americana, con mucha rectitud y franqueza, y muy... exigente al mismo tiempo. ¿No es verdad?

— Sí, en un todo.

— ¿Y él? Lo que á usted la encanta le sería odioso. Es todo un hombre del antiguo mundo y siente sus inquietudes y sus angustias; y hasta diríase que los pesares y las fatigosas luchas del pasado pesan sobre él, comunicando un carácter de tristeza á todo cuanto concibe. No conoce la alegría sana y fresca, un poco infantil...

— ¡Ah, en eso se engaña usted, princesa! A veces parece un niño, y entonces se muestra mucho más alegre que yo.

— Eso es cuestión de nervios; es una forma de embriaguez artística. Si penetra usted en el fondo, verá que siempre busca, y busca sin encontrar jamás. Esto es lo que me ha dicho de él lo poco que conozco de su música, y esto es también lo que me dice la expresión de sus ojos.

— ¡Cómo le ha estudiado usted!..., murmuró Mila, volviendo á sus dudas.

— Sí, porque me agrada su música inquieta y perturbadora; y hasta diré más: si en mi juventud hubiese encontrado semejante hombre, creo que hubiera podido amarle lo suficiente para no temer cosa alguna, ni las diferencias de raza, ni la de posición en el mundo. Ya ve usted que soy franca; y es que me reconozco muy vieja, lo bastante para tener sentimientos maternales; porque mi vida está quebrantada y ha concluído, y porque quisiera disfrutar un poco de la felicidad de los otros. Si la he invitado á usted á pasear por el bosque, era para decirle esto, y también para manifestarle que, suceda lo que quiera, deseo seguir siendo su amiga. Si se casa usted con el Sr. Villeroy, la sociedad no le sonreirá ya á usted como ahora le sonríe; por lo mismo que usted es útil al mundo, éste la acaricia ahora; pero si deja de serlo y si se absorbe en un sentimiento demasiado profundo, con el que nada tenga que ver, la criticará á usted, y lo que es más, tal vez la calumnie, si halla medios para ello. Mi madre representa el mundo para usted en este momento, y desea unirla con el Sr. Nevin, porque el enlace de dos protegidos sería para ella un pequeño triunfo de amor propio. Tratándose de franceses, no le agradan más que los del arrabal de San Germán, y no admite á las personas vulgares. Tal vez cerraría su puerta al Sr. Villeroy y á su esposa, y en el caso de recibir á esta última, cuyo verdadero nombre seguiría siendo para ella el de Mila del Paso, dejaría al marido en la antecámara, en el sentido figurado, por supuesto. Si tal sucediese, amiga mía, una palabra de usted, no importa cuándo, fechada en cualquier parte que sea, bastaría para que me tuviese usted á su lado al punto. Recuérdelo bien.

Había tanta bondad, tanta nobleza en todo cuanto aquella mujer decía, que Mila se conmovió profundamente; pero repuso con una ligera sonrisa:

— Usted es buena, muy buena, princesa; pero... en esta ocasión su bondad resulta un tanto inútil. Sepa usted que el Sr. Villeroy no se me ha declarado.

— ¿Qué importa, si ustedes se entienden sin eso? De todos modos, reflexione usted, yo se lo ruego.

Después, habiendo dicho cuanto tenía que decir, la princesa Pignacci cambió de conversación, y muy pronto condujo á la joven á su casa.

Andando el tiempo, Mila no dió jamás aquel paseo por el bosque, á la hora de ponerse el sol, ni entró nunca por la gran alameda, en medio de la multitud y de la compacta fila de coches, que corrían rápidos y ligeros, sin parecerle que oía de nuevo la voz grave y bien timbrada de la princesa y sin que resonasen en su oído las palabras «reflexione usted.»

## IX

— ¡Todo acabó ya!

Villeroy se volvió en su taburete; acababa de tocar los últimos acordes de la escena final, que Mila había cantado magistralmente, y paseó una mirada por el salón, donde había disfrutado de tantas horas deliciosas. El fuego chisporroteaba alegremente; un sol radiante penetraba á raudales por las grandes ventanas, y todo tenía un aspecto familiar y encantador. Villeroy estaba solo con su discípula, que iba á dejar de serlo, y al mirarla sintió en su interior una indecible angustia. ¿Era posible separarse de ella, y no volver á verla más sino al paso, casi como una persona extraña? Mila no contestó; permanecía de pie

junto al piano, vibrante aún por aquella música que amaba, y rehuía la mirada del músico, sintiéndose poco segura de sí misma.

Villeroy se levantó algo bruscamente y cogió en ambas manos de la joven.

— ¡Pero míreme usted!, dijo.

Mila levantó los ojos lentamente, y sus miradas hablaron por ellos; la artista comenzó á temblar un poco; y sin embargo, ella fué la que dijo valerosamente:

— No, no acabó todo..., puesto que...

— ¡Puesto que nos amamos!, murmuró Villeroy en voz muy baja.

— Sí..., y cuando dos se aman... deben casarse, naturalmente...

El músico besó una tras otra las dos manos que aún tenía entre las suyas.

— ¡Usted... mi esposa! ¿Es posible?... ¿Ha reflexionado usted, Mila? Piense en lo que es, y un poco en lo que yo soy.

— Creo en usted, en su genio, y yo no puedo ser más que la manifestación exterior de ese genio..., el instrumento. No pido más felicidad que esta, y con orgullo me digo: «Villeroy me necesita; yo le soy indispensable, y tal vez sin mí esperaría aún largos años antes de ser reconocido por lo que es, por el genio más original de nuestros días.» Sí..., he reflexionado, y desde hace largo tiempo sé que le amo. Este dulce afecto ha despertado en mí el alma que me faltaba para ser una artista menos imperfecta; y si alguna vez llego á tener un verdadero talento, á usted se lo deberé. Para mí será una alegría deberle esto, deberse todo...

Y de este modo se desposaron, muy sencilla y sobriamente, hablando poco y permaneciendo uno junto á otro con las manos cogidas; hasta la turbación había desaparecido, y eran infinitamente felices; pero su felicidad tenía mucho de religiosa.

Esta solución les parecía tan natural, que los dos olvidaron por completo, ella su resolución de no casarse nunca, para consagrarse del todo á su arte; y él su deseo de vivir libre de todo lazo.

Villeroy se retiró como de costumbre; el que los hubiera visto no habría adivinado nada, á no ser tal vez que hubiese interrogado los ojos de uno y otro.

Mila no se daba prisa para comunicar á los demás aquel suceso, y á las preguntas algo impacientes de la tía Deborah contestó que ya tenía aprendido su papel, y que las lecciones habían terminado. Pensaba decirle más tarde toda la verdad, y entretanto quería saborear tranquilamente su satisfacción, conociendo ya todas las objeciones que le sería preciso rechazar y todas las escenas que se producirían. En efecto, ¿cómo persuadir á la señora Fletcher, mujer positivista y de poca reflexión, que ella, Mila, era la que debía regocijarse, y que el amor de un músico tal como Villeroy bastaba para hacer feliz á cualquiera mujer y enorgullecerla? La tía Deborah, siempre recelosa, miró á su sobrina un poco de reojo; mas no pudo averiguar nada. Mila rehusó acompañarla para hacer una serie de visitas; y como la señora Fletcher encontrase en la escalera al Sr. Macready, le comunicó sus sospechas.

Cuando Mila le vió entrar, se ruborizó un poco. La mirada del americano, mirada dura, penetrante é imperiosa, la perturbó, pues comprendió que sería necesario decirse todo, sin rodeos é inmediatamente.

Sin embargo, el Sr. Macready, después de tomar asiento, habló de cosas indiferentes, mientras revolvió los tizones en la chimenea, lo cual era en él una manía; pero Mila observó un ligero temblor en la mano que en esto se ocupaba.

La joven recobró su valor y esperó.

— Creo que mañana tendrá usted la última sesión con Nevin, dijo el Sr. Macready.

— Sí; después quiere enseñar el retrato á varios pintores franceses.

— Quedarán satisfechos, seguro estoy de ello. Tal vez sea la mejor obra de Nevin, porque en ella ha sido discreto, sin permitirse ninguna excentricidad.

— A usted le debe eso, Sr. Macready.

— Y á su modelo, que le ha inspirado... ¿No ha pensado usted alguna vez en ser la señora de Nevin?

— ¡Oh! No, como él tampoco habrá pensado nunca seriamente en solicitar que tome su nombre.

— Tiene usted razón; no le conviene á usted casarse.

Siguióse un breve intervalo de silencio, y después Mila repuso valerosamente:

— Sin embargo, voy á contraer matrimonio; voy á casarme con Francisco Villeroy. Los dos protegidos de usted se dan la mano; á usted corresponde bendecirlos, y...

La frase expiró en los labios de la joven, sin que acabara de expresar su inocente broma, y toda su desenvoltura se desvaneció de pronto. Sin embargo,

el Sr. Macready no dijo una palabra; levantóse, y apoyándose en la chimenea, fijó en Mila una mirada fría, casi cruel. La joven se levantó también, y en pie delante de él, con las manos juntas, balbuceó sin saber apenas qué decía:

— Yo le ruego á usted..., yo le ruego...

— ¿Por qué suplicarme?, interrumpió el Sr. Macready. Usted es muy dueña de hacer cuantas necesidades se le antojen; yo no soy su padre, ni tengo la menor autoridad sobre usted...

— Bien sabe usted que no es verdad, pues se lo debo todo.

— ¡Oh!... ¿El agradecimiento? No le quiero. Tan sólo una cosa podía serme agradable — usted lo sabe muy bien, puesto que tiembla delante de mí, — y esa cosa no ha querido hacerla. Yo me había propuesto consagrar á usted al arte, deseaba que la música fuese su única pasión, y soñaba en hacer de usted la vestal de ese fuego sagrado. No es digna de ello, y por lo tanto, no hablemos más.

— Y sin embargo, el amor, esa cosa extraña y perturbadora, me transformará en la artista soñada por usted.

— Ame usted, pues; pero sin casarse. ¿Por qué arrepentirse? Usted no es ya una niña, y bien debe conocer el mundo, puesto que ha estado entre bastidores. Pero usted quiere ser mujer; en usted se despierta el ser inferior y despreciable..., era necesario preverlo. ¡Todas son iguales, y todas también poetizan ese instinto! Usted cree cándidamente en las frases lisonjeras, en la música que embriaga y seduce, y se deja mecer hasta el momento en que la verdad brutal se revela...

— Yo no me creo de ningún modo envilecida por mi amor, Sr. Macready, y muy por el contrario, estoy orgullosa de él. Usted ha adquirido derecho para decirme todo; mas yo le suplico que no abuse de su autoridad.

— ¡Un esposo, tendrá usted un esposo!... Con otras podría dudar, negar en caso necesario, mentirme á mí mismo... ¡Ah! La conjuro á usted, Mila, si tiene algún sentimiento compasivo, á que no se case con Villeroy, ni con nadie.

— Le he dado mi palabra; seré su esposa ante Dios y ante los hombres.

El Sr. Macready no contestó; toda su cólera cedió de pronto. Considerábase como el más desgraciado de los hombres.

— Dispénsese usted, dijo al cabo de un momento sentándose junto á Mila y tomándole la mano, me arrepiento de haberle hablado tan brutalmente; pero sufro demasiado, y por eso...

— ¿Sufre usted por causa mía? Pues entonces, ¿por qué no haberme dicho que me amaba? ¿Por qué se alejó usted de mí? Yo le profesaba un verdadero culto, y este culto se hubiera convertido muy pronto en amor si usted hubiese querido. Para mí no era usted viejo; le consideraba como un ser aislado, muy superior, un poco temible tal vez; pero admirábase con pasión. Si usted me hubiese dicho entonces: «Amiga mía, usted es mi obra, y ya la he modelado á mi manera para tomarla por esposa,» esto hubiera bastado. Ahora es demasiado tarde.

— ¿Mi esposa? ¡Pero si yo no soy libre, si soy casado! Si huía de usted era porque entre los dos se elevaba una barrera, una desgraciada loca. Escúcheme usted, única persona á quien habré revelado la triste historia de mi vida. Yo me casé con una joven, casi una niña, y también soñaba en la felicidad; pero ésta no se hallaba en mí, y jamás pude dársela á nadie. Mi esposa tenía miedo de mí, y mi presencia era suficiente para dejarla fría. No obstante, yo hubiera querido hacerme amar, y tenía una sed de ternura de la que casi me avergonzaba; pero mis palabras eran siempre sarcasmos, cuando no me dejaba llevar de violencias, que espantaban á la pobre niña más aún que aquéllos. Así sucedió lo que debía suceder: no pudiendo amarme á mí, amó á otro y yo lo supe; mas como era muy orgulloso, procuré evitar todo escándalo. Nada cambió aparentemente en nuestro interior; pero la vida de aquella desgraciada llegó á ser insufrible. En mis ojos leía el furor que yo ahogaba, después de una única horrible escena promovida por los celos, y comprendíale también por mi silencio y mi presencia, que yo le imponía como castigo, aunque el tormento fuese para mí tan atroz como para ella. Al nacer su hijo, sufrió un acceso de locura; y aunque los médicos me aseguraron que la curación no era imposible, el caso es que la razón no volvió nunca completamente. Después de algunos períodos de lucidez, el cerebro se trastornó del todo; mientras que la salud física, por el contrario, se restableció. Su locura era dulce; los accesos furiosos no se producían sino cuando yo iba á verla; y hace años que no he vuelto al asilo donde la cuidan; pero aún vive...

— ¡Desgraciada!, murmuró Mila.

—Sí y desgraciado yo también, podría usted añadir. Yo había pasado largos años en Europa; trataba de aturdirme, fuera como fuese, y casi lo conseguí. Entonces fué cuando la encontré á usted, y esto me proporcionó de nuevo alguna dulzura en la vida. ¿La amaba á usted? Lo ignoro; mas creo que entonces, lo mismo que ahora todavía, era incapaz de experimentar una nueva pasión. Lo que yo adoraba en usted era su voz, su juventud, tan pura, tan cándida y tan deliciosamente exenta de todo amaneramiento. Lo que me interesaba era ver á usted en lucha con los contratiempos de la vida; y si usted hubiera sucumbido, como tantas otras, me habría alejado de usted con la más completa indiferencia. Pero usted pasó en medio de inevitables peligros con la misma intrépida calma con que corría al galope de su caballo en medio de los rebaños de la pradera; y yo admiro en usted su valor y su maravilloso talento. También adoro su belleza ¡ay de mí!, y la idea de que ésta pertenecerá á otro me hace perder el juicio. ¿Será que amo á usted? No estoy seguro de ello; pero sé que me despreciaría á mí propio si le hubiera pedido más que la ternura de una hija para su padre. También sé que todo mi afecto á Villeroy se convierte en odio celoso, y que le aborrezco de muerte por haberla conquistado... y con tanta facilidad... Es joven; sus cabellos no han blanqueado aún, y tiene genio. No creo profesar á usted un verdadero amor; pero usted es mi bien, y no quiero que nadie la toque..., no quiero. ¡Renuncie usted á ese matrimonio, que no le proporcionará la dicha!

—Tal vez ese matrimonio no me proporcione la dicha, Sr. Macready; pero se ha de efectuar, porque amo á Francisco Villeroy y éste me corresponde.

El Sr. Macready no contestó; pero miró á la joven largo tiempo con tal expresión de profunda tristeza, que Mila, conmovida hasta el punto de llorar, presentóle sus dos manos.

—Yo quisiera, no obstante, dijo, hacerle comprender que no soy ingrata.

El americano, volviendo á ser paternal, atrajo hacia sí á su protegida, y la besó en la frente, murmurando:

—¡Adiós, Mila!

—¿Se marcha usted? ¿No volverá más?

—¿Quién sabe? En todo caso, iré muy lejos, porque París ha llegado á ser para mí odioso.

Al separarse de Mila, no volvió la cabeza; no quería ver más á la novia de Villeroy.

El gran triunfo del músico fué su manera de vencer á la tía Deborah. Al saber esta última la noticia, y por más que la presintiese, sufrió una crisis de lágrimas, ella, que no lloraba nunca, y acto continuo comenzó á preparar sus paquetes para marcharse. Estaba resuelta á volver á Seaport, aunque esta no era ya la ciudad ideal de su juventud. Permaneció sorda á todas las súplicas de Mila, y en medio de la agitada escena que se promovió, presentóse Villeroy. La tía Deborah le rehusó su mano, volviéndole la espalda; pero el músico no tomó la cosa bajo el aspecto trágico, y conduciendo casi por fuerza á la buena señora á su sillón predilecto, sentóse á su lado y hablóle largo tiempo alegremente, sin obtener la menor respuesta.

—Es inútil, caballero, dijo al fin la señora Fletcher; le aborrezco á usted, en primer lugar porque es francés y desconfío de su país, y en segundo porque me arrebató á mi sobrina. Bien podía usted haber hecho eso antes de mi viaje, y así me hubiera evitado muchos gastos de bolsillo y de afecto, pues aunque soy una tonta he tomado mucho cariño á esa niña...

—¡Qué más hubiera yo deseado, querida tía! —de buena ó de mala gana lo ha de ser usted. —Solamente una cosa me lo impidió, y es que no conocía aún á mi adorable Mila. En cuanto á los gastos de afecto, los tomo por mi cuenta; además, me amaré usted y los dos tocaremos á cuatro manos las armonías de Beethoven.

—Usted no le conoce casi.

—En esto se engaña usted, pues le he estudiado apasionadamente. Es el maestro de los maestros. Póngame usted á prueba.

—Ustedes, los jóvenes, creen haber descubierto la música descriptiva, y yo le preguntaré si en la *Sinfonía pastoral*, por ejemplo...

—Querida señora, predica usted á un convertido. Jamás se comprendió tan bien lo hermoso de la naturaleza... Vea usted si no...

Y Villeroy, sentándose al piano, tocó los primeros compases de la *Escena á orillas del arroyo*.

—Yo, dijo Villeroy, no solamente veo la escena, sino que aspiro la brisa que dobliga las espigas maduras, y el suave olor de la tierra. ¡La música descriptiva!.. ¡Oh! ¡La de Beethoven será el modelo eter-

namente hermoso, elevado, magnífico! He aquí un arreglo de esa pieza á cuatro manos; venga usted en mi auxilio, querida tía Deborah...

Entre risueña y enojada aún, la anciana señora, ajustándose sus lentes, tomó asiento junto al enemigo; y si desde el principio hubiera hecho Villeroy más completa justicia á su talento como ejecutante, habría quedado conquistada desde luego.

La tía Deborah dejó de hacer sus preparativos de viaje, y se quedó, aunque gruñendo siempre, avergonzada de haberse dejado persuadir con tanta facilidad; pero al fin se acostumbró á soportar la presencia de su futuro sobrino, y no fué insensible á sus atenciones. Bien mirado, por más que fuese francés, era hombre de buen gusto, y la tía Deborah llegó hasta el punto de tomar su defensa ante la señora Milner, que manifestó tanta irritación como asombro porque sus planes no habían tenido buen resultado. La señora Fletcher acabó por declarar que su sobrina había hecho perfectamente en elegir esposo según los sentimientos de su corazón.

—¿Y hará usted las veces de suegra enternecida y dulce?, dijo la señora Milner. Debe usted saber, querida amiga, que las suegras adustas han pasado ya de moda y que están relegadas en el almacén de accesorios. Ya no veo más que suegras que adoran á sus yernos. Bendecirá usted esos jóvenes amores y remendará las medias.

—¡Ah! No tenga usted cuidado. Yo no viviré con ellos; pero tampoco me mofaré, porque esto sería tirar piedras á mi tejado y ser necia por demás. Ya me arreglaré yo sola.

Bob quedó aterrado por la noticia, y sus manifestaciones de pesar fueron tan ingenuas, que contristaron á Mila.

—Mi pobre Bob, le dijo la joven, en todo tiempo te manifesté que no podría jamás ser tu esposa, bien lo sabes.

—¡Ya lo creo que lo sé, y también sé que yo no soy sino un buen chico muy franco, poco instruído tal vez, y sin la menor pretensión de ser un genio ni de asombrar al mundo; pero yo te habría hecho feliz; mientras que tu músico...

—Me hará dichosa también, segura estoy de ello. ¡Vamos, no digas mal de mi novio, Bob!

—No me serviría tampoco de gran cosa; lo mejor fuera marcharme, como el Sr. Macready. Es un consuelo pensar que también él se ha contristado; pero yo soy tan cobarde, que no me iré. ¡Necesito tanto verte, oírte y saber que eres tan admirada de los otros como de mí!

—¡Confiesa, Bob, que si yo no hubiese alcanzado buen éxito, tu amor se habría extinguido. No es tan profundo que no pueda convertirse en buen afecto fraternal, en compañerismo un poco tierno tal vez, pero susceptible de existir entre un joven honrado, como tú, y una mujer honrada, como la señora Villeroy. No pongas, pues, mala cara, pobre amigo mío.

—¡Si crees que esto es agradable de oír!.. En fin, á falta de cosa mejor, consentiré en seguir siendo el amigo, el compañero á quien se concede un poco de benevolencia, como se da una limosna á un pobre...

Se acordó celebrar el matrimonio en los primeros días de abril. Villeroy solicitó y obtuvo por el pronto que se efectuase en la intimidad, sin hacer invitaciones, con los testigos obligatorios y una docena de amigos; mas ante la oposición apasionada que Mila encontró en todas partes, rehusó en absoluto casarse «á escondidas», como ella decía. Estaba orgullosa de su elección, é indignábase la actitud, no solamente de sus amigos íntimos, sino también de los indiferentes. Al parecer, todos veían en Villeroy, no al hombre de genio que al unirse con una cantatriz le honraba mucho, sino un pobre petate que por su casamiento hacía un negocio excelente.

Villeroy cedió, aunque no sin disgusto. Vivía siempre entregado á sus sueños, viendo muy poca gente; trabajaba en su rincón solitario, cuando no estaba junto á su prometida, y no sospechaba en manera alguna el ruido que se promovía por su matrimonio, el cual había llegado á ser insensiblemente el gran acontecimiento artístico de aquel año. Mila había adquirido muy pronto una posición excepcional. Todos los críticos estaban de acuerdo en decir que sus progresos eran maravillosos, y no dudaban que los consejos de Villeroy habían contribuido á ello por mucho.

Las compañeras de Mila consideraron como un honor cantar en la misa de casamiento, pues era muy apreciada en la Opera, aunque no estuviese en relaciones de intimidad con las otras artistas, á quienes apenas veía fuera del teatro. El maestro Surgeres, individuo del Instituto, hombre muy respetado y algo temido también, fué uno de los testigos de la novia. Villeroy era uno de los raros músicos para quien el gran hombre tenía más palabras amables que censu-

ras; verdad es que entonces no le consideraba como rival.

La iglesia resultó ser demasiado pequeña para los invitados, que se estrujaban y que representaban diversas clases de la sociedad. Si la señora Milner se abstuvo de asistir, contentándose con enviar una hermosa joya á la señorita del Paso, la princesa Pignacci se presentó en su lugar; pero los más de los concurrentes pertenecían á la sociedad francesa, y en particular al mundo de las artes. Todos los compañeros que Villeroy tuvo en Roma, y que por lo menos adivinaban lo que éste valía, se agrupaban á su alrededor.

Villeroy se alegró mucho, manifestando un poco de asombro, porque se creía ya casi olvidado. La señora Liardow, muy orgullosa de su discípula; muchos admiradores apasionados de la *prima donna*; letrados, artistas y músicos, en particular, todos convenían en hablar bien de Mila; pero con sus elogios mezclábanse estas palabras á manera de queja: «¿Por qué casarse, por qué ponerse al nivel de las demás mujeres?»

Todo pasó como una especie de sueño confuso y penoso para Villeroy; el desfile en la sacristía fué para el novio un suplicio; las caras de tantas personas desconocidas sucediendo rápidamente, los apretones de manos, las palabras triviales; todo esto le fatigaba.

Mila, por el contrario, estaba radiante de gozo; no parecía cansada ni agobiada, y siempre tenía una palabra amable para cada uno.

De todas aquellas caras, la que se grabó en la memoria de Villeroy con una claridad muy enojosa fué la del pintor americano Wilbur Nevin. Había ido una vez á su taller para ver el retrato de Mila, que no le gustó sino á medias; mientras que el pintor le pareció sumamente antipático. La expresión dura de los ojos claros de Nevin y su ligera sonrisa irónica impresionaron penosamente al recién casado, sobre todo al oír su voz seca cuando dijo: «hasta la vista, señora,» con una entonación que parecía una amenaza. Pero todo esto fué cosa de un instante; Mila, al parecer, no había oído aquella frase, y toda su atención se fijó en la persona que seguía al artista y que resultó ser la princesa.

Por fin terminó todo, y los casados se marcharon inmediatamente después de la ceremonia. Habían tenido el capricho de ir á pasar la luna de miel en la casita situada cerca de Villers; la idea fué de Mila y á Villeroy le pareció excelente. El mes de abril, con frecuencia tan frío y desagradable, fué aquel año delicioso, verdaderamente la primavera de los poetas.

Encontraron los árboles llenos de flores; los manzanos, sin hojas casi, parecían grandes ramos de novia; el césped estaba esmaltado de margaritas y de violetas que embalsamaban el aire suave y puro; y el mar, de un hermoso azul, sin olas apenas, dormía acariciado por los últimos rayos del sol poniente; mientras á lo lejos se destacaba bajo un cielo de color rojizo la línea del Havre. Todo estaba silencioso y tranquilo.

Después de su ligera comida, la primera en que tomaban parte solos, permanecieron largo tiempo en la galería, cogidas las manos y mirando cómo salía la luna, que muy pronto inundó toda la naturaleza con su blanca y melancólica luz. Una inmensa línea fosforescente en el mar extendíase como un camino trazado hacia lo infinito, hacia el más allá. Los árboles en flor ostentaban su blancura sonrosada en la luz más blanca aún; mientras que en el césped, las sombras muy negras tenían un no sé qué de inquietante y de profundo. Más allá del jardín, el camino se prolongaba, blanco también, flanqueado de grandes árboles negros.

—¿Te acuerdas, amada mía?, dijo Villeroy. El viajero, cansado por su larga caminata, se apoyó allá abajo, escuchando una voz divina.

—Precisamente porque me acuerdo he querido volver aquí contigo, con mi esposo.

—¿Es verdad? ¿Es posible? ¿No sueño? ¿Eres mía, bien mía?

—No, no es un sueño; pero escúchame, Francisco... Siempre vas en busca de lo ideal, y lo ideal no es de este mundo. La mujer que se apoya en ti y que tú estrechas entre tus brazos, no es más que una mujer con las debilidades y los defectos de tal. No veas en mí un ser soñado y perfecto; no es la sirena que entona su canto divino; es la hija de la tierra que balbucea algunos fragmentos muy incompletos: no lo olvides. Quiero que me conozcas por lo que soy, y que me ames como tal. Soy débil y vana; necesito ligeras dichas, junto con la felicidad infinita de amarte; el rumor de los aplausos me halaga, así como también los elogios, por vanos que sean, y las palabras dulces. Ya ves hasta qué punto soy imperfecta...

(Continuará)

## SECCIÓN CIENTÍFICA

## PANORAMAS FOTOGRÁFICOS

## EL CICLORAMA ELÉCTRICO DE M. CHASE

A pesar de su valor artístico y del talento empleado en su edificación, los más hermosos panoramas

desde el punto de vista de la producción de las pruebas como de las numerosas aplicaciones que pueden tener estos aparatos, tales como vistas instantáneas, vistas múltiples, vistas verticales ó inclinadas, vistas topográficas y finalmente proyecciones panorámicas sobre una pantalla semicircular. He aquí un fragmento de la conferencia que merece ser reproducido:

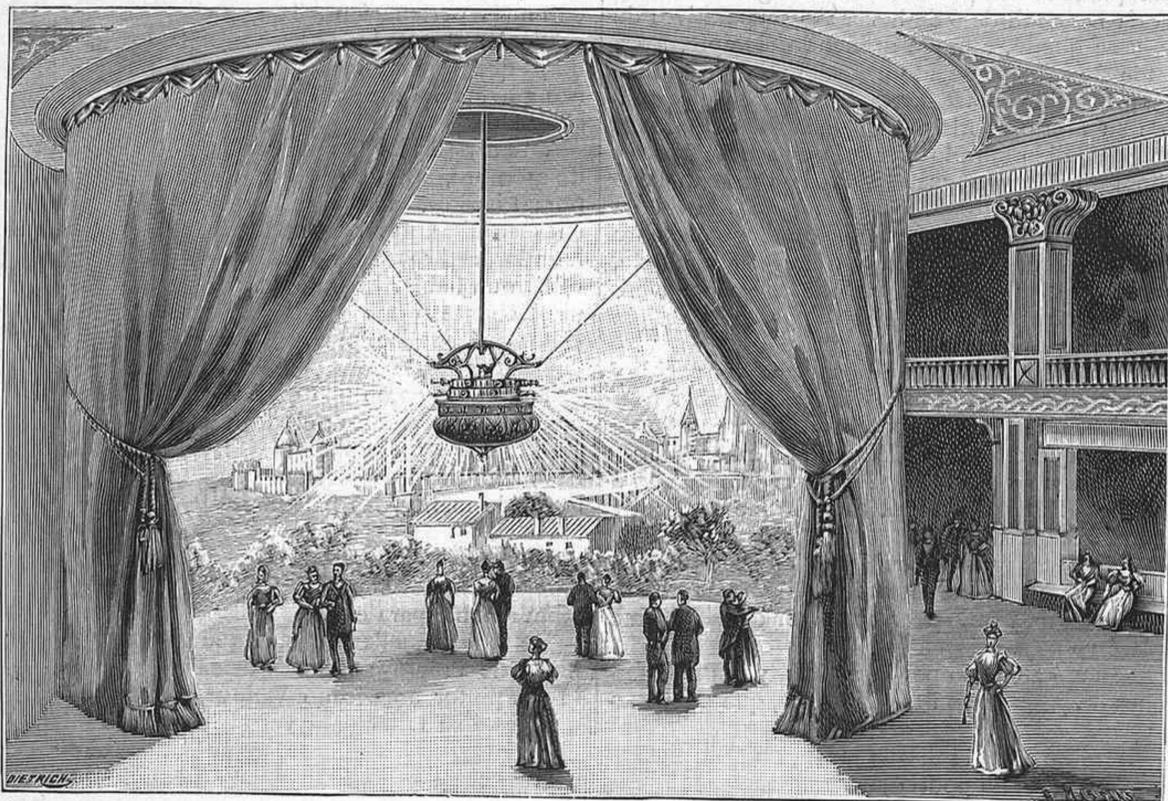


Fig. 1. - Vista en conjunto del panorama fotográfico ó ciclorama de M. Chase

han acabado por cansar al público, y cediendo á los gustos del día, el uno se ha convertido en circo, el otro en pista de patinaje, un tercero en pista velocipédica, etc.

El invento que á grandes rasgos vamos á describir parece llamado, si la realidad corresponde á las esperanzas del inventor, á volver á poner de moda los panoramas y asegurarles en lo porvenir nuevos éxitos y una existencia más duradera y menos efímera.

La idea de M. Chase, americano de Chicago que hace muchos años trabaja para perfeccionar sus aparatos, pone á contribución los progresos y descubrimientos más recientes en materia de fotografía panorámica, de aparatos de proyección, de alumbrado eléctrico, de kinetoscopios, de cinematógrafos y de todos los demás sistemas que permiten representar

«Con objetivos de proyección de 25 centímetros de foco, prodúcense en una pantalla de siete metros de radio imágenes de 8'50 metros de longitud por 2'10 de altura, que representan aproximadamente la mitad del panorama completo. Los radios que van hasta los dos extremos de la vista forman entre sí un ángulo de solos 67°, en vez de uno de 170 que forman sus correspondientes en la naturaleza. Este dispositivo no realiza, pues, exactamente la concepción teórica de la proyección panorámica, y se impone por la necesidad de mostrar la vista á un numeroso concurso al que no puede suponerse concentrado todo él en el centro del cilindro.

»Cabe esperar que en lo porvenir esto se perfeccionará y que algún día se podrá proyectar panoramas completos en salas especiales análogas á las que se destinan á los panoramas históricos, y el problema quedará enteramente resuelto cuando á la verdad de la reproducción que da la fotografía podrá añadirse la magia de los colores, es decir, cuando habrá dado todos sus frutos el hermoso descubrimiento de M. Lippmann.»

Estas palabras proféticas son hoy un hecho, superior aún á lo que en ellas se predecía, si no desde el punto de vista del color, por lo menos desde el del movimiento, ya que desde 1892 los kinetoscopios, los cinematógrafos y los cronofotógrafos son de uso corriente en la práctica y permiten animar un panorama fotográfico circular completo, tal como en aquella fecha lo concebía el coronel Moessard.

M. Chase utiliza un panorama ordinario, pero en el cual los espectadores están al mismo nivel del suelo del cilindro hueco de 30 metros de diámetro y 10 de altura sobre el cual son proyectadas las fotografías colocadas en un aparato de proyección suspendido en el centro de la sala como una lámpara.

La figura 1 representa una vista en conjunto del panorama tal como lo concibe el inventor y tal como lo ha realizado ya en más pequeña escala en 1894 con aparatos de ensayo en el *Chicago Fire Cyclorama* de Chicago. La figura 2 reproduce el aspecto del aparato de proyección completo; la figura 3 indica el modo de construcción de la plataforma suspendida sobre la cual están colocados el operador, los aparatos de proyección, sus carretes y las lámparas eléctricas que iluminan estos aparatos. El diagrama de la figura 4 da una idea general del principio del sistema.

Ya se comprenderá cuán fácil es transformar un panorama ordinario en ciclorama eléctrico: basta pa-

ra ello pintar de blanco la tela del fondo y suspender en el centro de la sala el aparato de proyección combinado por M. Chase.

El aparato suspendido en medio del panorama por medio de un tubo de acero y de cables de alambres de acero (figuras 3 y 4) tiene 2'50 metros de diámetro y tres de altura: el operador está colocado en el centro de una plataforma circular y rodeado de una mesa anular sobre la cual hay ocho carretes en los que van montados los proyectores, las lámparas, los kinetoscopios, los cinematógrafos y todos los dispositivos necesarios para animar la escena y producir las transformaciones.

Cada proyector está alimentado por una lámpara eléctrica especial, y los hilos conductores que llevan la corriente atraviesan el tubo de suspensión. En la mesa anular hay los conmutadores y los reostatos por medio de los cuales se regula la luz según los efectos que se hayan de producir.

Los proyectores van provistos de diafragmas iris que permiten obtener efectos de desvanecimiento y desaparición gradual, efectos de noche, de aurora ó de crepúsculo. Estos proyectores, en número de ocho, son dobles, gracias á lo cual puede prepararse una vista y ponerla á punto mientras los espectadores miran otra, y la transformación de un cuadro en el que ha de sucederle no se verifica sino cuando está perfectamente arreglado.

Los mecanismos de gran precisión de que están provistos los carretes que sostienen los proyectores permiten ajustar perfectamente las vistas y ponerlas á punto para obtener la continuidad necesaria á la ilusión. Las ocho vistas fotográficas positivas que producen un panorama de 90 metros de circunferencia y de 10'50 de altura tienen en junto una longitud de 2'10 metros y una altura de 20 centímetros.

Los rayos que emanan de cada uno de los ocho aparatos de proyección se cubrirían unos á otros y se cruzarían entre sí, si varias guías fijadas en las lentes y cuidadosamente reguladas una vez por todas y para cada vista no suprimieran las partes de las vistas que sin esta precaución resultarían unas encima de otras.

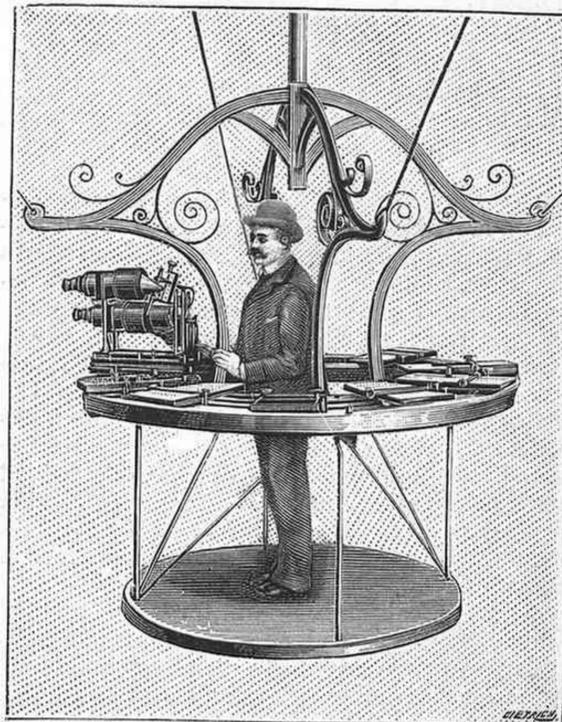


Fig. 3. - Plataforma del operador y de los aparatos de proyección suspendidos en el centro de la sala

Cuando el panorama inmóvil está bien preparado se puede animar á voluntad tal ó cual parte del mismo, proyectando sobre ellas, por los procedimientos aplicados ya en otras circunstancias, nubes móviles, efectos de luna, proyectores, barcos, batallas navales, etc.

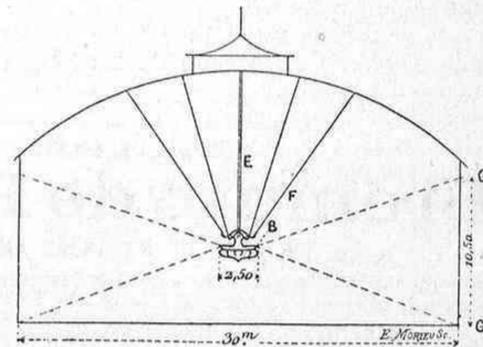


Fig. 4. - Principio del panorama fotográfico. - B. Aparato de proyección. - E. Barra de suspensión. - F. Cables. - G. Pared circular que forma pantalla de proyecciones.

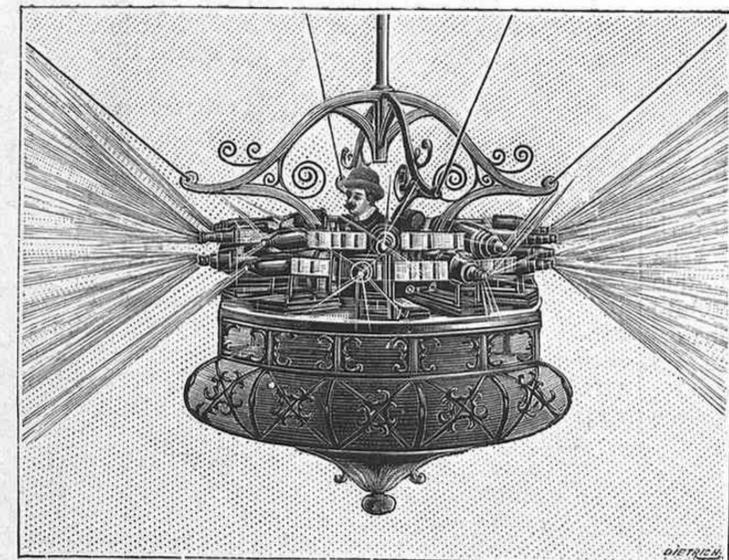


Fig. 2. - Aparato de proyección completo

fielmente los fenómenos del movimiento y de la vida, lo mismo que las vistas y los paisajes inanimados.

La posibilidad de hacer desfilar delante del público un gran número de vistas en un período de tiempo muy limitado y de animarlas á voluntad, comunica al ciclorama una animación verdadera y una variedad notable que no ofrecen los diversos panoramas ordinarios.

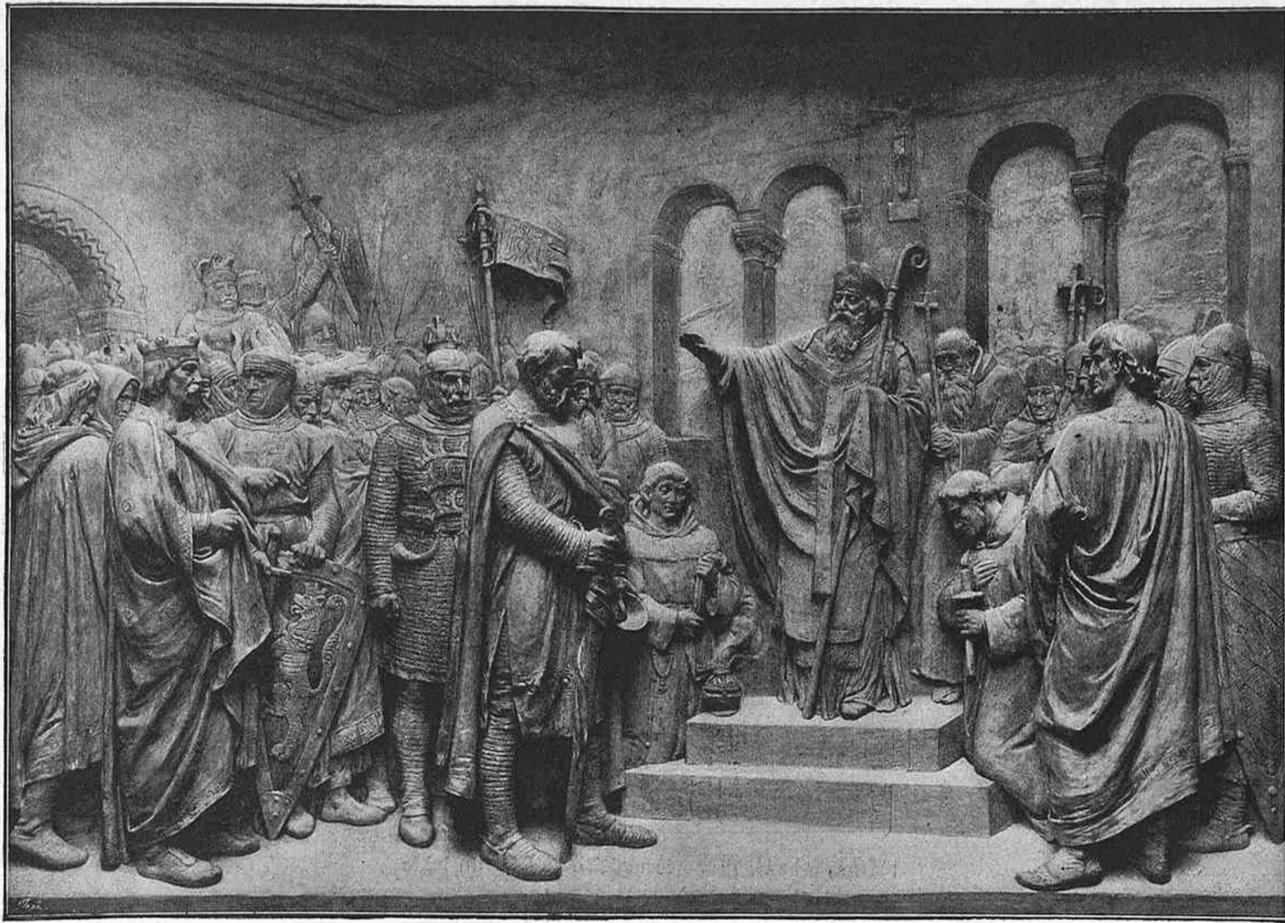
Digamos, sin embargo, en honor de la verdad que la invención de los panoramas fotográficos es esencialmente francesa; y acerca de ella dió una conferencia magistral en 13 de marzo de 1892 en el Conservatorio de Artes y Oficios de París el coronel Moessard, agregado al estado mayor del ejército; el cual describió todos los aparatos panorámicos, así

Si se combina este aparato con el kine-toscopio de Edison ó con el cinematógrafo de Lumiere, se podrá, como indicamos al principio de este artículo, animar una calle proyectando en ella una procesión, un regimiento, una manifestación política ó cualquier vista de un suceso de actualidad, al cual servirá de marco el fondo fijo del panorama.

M. Chase hizo sus primeros ensayos, como hemos dicho, en el *Chicago Fire Cyclorama*, en agosto de 1894. Una fotografía panorámica de 10 centímetros de altura y 80 de desarrollo total fué proyectada cicloránicamente sobre una pantalla circular de 48 metros de circunferencia y 4'50 de altura.

Según el periódico profesional de Chicago *The Western Electrician*, aquel experimento preliminar, aunque algo tosco y hecho en proporciones insuficientes, causó gran sorpresa é interés sobre manera á los privilegiados invitados á asistir á aquella sesión, que M. Chase se dispone á repetir.

La idea del inventor americano es ingeniosísima y es de desear que el éxito corone los nuevos experimentos llevados á cabo con aparatos de proporcio-



FEDERICO BARBARROJA, proclamado emperador de Alemania en Francfort, en 1152, alto relieve de Clemente Buscher

nes más en relación con el efecto que ha de producirse. Dados los rápidos progresos de la electricidad, de la óptica y de la fotografía, es casi seguro que el ciclorama alcanzará en breve su grado de perfección.

(De La Nature)

X..., ingeniero

malmente más que una fuerza de 45 kilogramos con los molares y 90 con los incisivos: el esfuerzo no depende del desarrollo muscular, sino del estado de las membranas peridentales, y Mr. Black asegura que masticando los alimentos, hacemos esfuerzos mayores de los que para esta operación se necesitan.

LA FUERZA DE LAS MANDÍBULAS

Un dentista de Jacksonville, el doctor Black, ha determinado experimentalmente la fuerza ejercitada por las mandíbulas humanas masticando el alimento y la fuerza máxima que pueden desarrollar. He aquí los resultados de los experimentos realizados por medio de un dinamómetro especial en ciento cincuenta personas de todas edades, sexos y constituciones: la fuerza más débil ha sido en una niña de siete años que desarrolló 13'6 kilogramos con los incisivos y 30 con los molares, y la mayor la ha desarrollado un médico de treinta y cinco años que ha llegado al máximo del dinamómetro, 122 kilogramos, sin haber desarrollado el máximo de su fuerza. La mayor parte de los pacientes no han podido ejercitar nor-

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. - Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, 21, Barcelona (Gracia).

**Jarabe de Digital de LABELONYE** contra las diversas Afecciones del Corazón, Hidropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc. Empleado con el mejor éxito

**Gragéas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ** Aprobadas por la Academia de Medicina de París. El más eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

**Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN** HEMOSTÁTICO el más PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen más fácil el labor del parto y detienen las pérdidas. Medalla de Oro de la S<sup>ad</sup> de F<sup>ia</sup> de París. LABELONYE y C<sup>ia</sup>, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

**CARNE, HIERRO y QUINA** El Alimento más fortificante unido a los Tónicos más reparadores.

**VINO FERRUGINOSO AROUD** Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE

**CARNE, HIERRO y QUINA!** Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador más energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteración de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y decolorada: el Vigor, la Coloración y la Energía vital. Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farm<sup>o</sup>, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD. SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

**EXIJASE el nombre y la firma AROUD**

EL APIOL de los Dres JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

**Jarabe Laroze** DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace más de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

**JARABE al Bromuro de Potasio** DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio más eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, migraña, baile de S<sup>-</sup>Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas. Fábrica, Espediciones: J.-P. LAROZE & C<sup>ie</sup>, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris. Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

Las Personas que conocen las **PILDORAS del DR DEHAUT** DE PARIS no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que más le convienen, según sus ocupaciones. Como el causancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

**ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO** PASTILLAS y POLVOS **PATERSON** con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos. Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD. Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**LA SAGRADA BIBLIA** EDICIÓN ILUSTRADA á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas

Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

**GARGANTA** VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES, para facilitar la emisión de la voz. - PRECIO: 12 REALES. Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

LA LEYENDA DEL REY BERMEJO, por *Rodrigo Amador de los Ríos*. - Inspirándose en una de las más bellas tradiciones granadinas, escribió el Sr. Amador de los Ríos el libro que nos ocupa y que forma parte de la reputada biblioteca de Arte y Letras. Al interés del asunto júntase en él la belleza del estilo que se admira en todas y cada una de las páginas de la obra, llenas de esa encantadora poesía que respiran las orientales leyendas que nos han legado los que un día fueron señores de nuestra patria. *La leyenda del rey Bermejo* está profusamente ilustrada con bonitos dibujos de Isidro Gil y forma un tomo de más de 400 páginas que se vende en la librería de Arturo Simón (Rambla de Canaletas, 5, Barcelona) al precio de 1'50 peseta en rústica y á 3 pesetas lujosamente encuadernado con elegantes tapas de colores.

VERSOS, por *Josefa Codina Umberto*. - Colección de poesías de diversos géneros, en todas las cuales se nota como cualidad principal una delicadeza de sentimientos reveladora de un alma enamorada de los verdaderos ideales poéticos. Véndese á dos pesetas.



¡MIRA, ALLÁ!, grupo escultórico de Ricardo Jakic

HISTORIA DE MARÍA ANTONIETA, REINA DE FRANCIA, por *Edmundo y Julio de Goncourt*. - Es uno de los libros más encantadores que pueden caer en manos del lector. Los hermanos Goncourt, sólo conocidos hasta hoy en España por sus novelas, son historiadores admirables por la escrupulosidad de sus relatos y por la amenidad que como grandes artistas dan á las trépidas escenas de la Revolución Francesa. Los autores estudian en este libro la educación de la reina, su matrimonio, sus lujos, las intrigas de la corte; la causa del famoso collar, la prisión de la real familia, los suplicios en el Temple y todos los sucesos de la Revolución hasta que Luis XVI y María Antonieta sucumben en la guillotina. Ha sido editado por *La España Moderna* y se vende en las principales librerías á 7 pesetas.

ANALES DE LA SOCIEDAD FILATÉLICA «SANTIAGO.» - Publicación interesantísima para los aficionados á coleccionar sellos, dedicada á los coleccionistas que hablan español y especialmente á los hispano-americanos. El número 2 que tenemos á la vista contiene muchos y muy curiosos datos sobre los sellos, tarjetas, etc., chilenos, que permiten conocer de una manera completa las más insignificantes variedades de los mismos. Publíquese en Santiago de Chile, imprenta Barcelona.

# SOR CLEMENCIA

novela de costumbres por **ENRIQUE PEREZ ESCRICH**

AUTOR DEL MANUSCRITO DE UNA MADRE Y DEL MÁRTIR DEL GÓLGOTA

El argumento de esta preciosa novela no está basado en una pura ficción; es una verdadera historia que excita cada vez más el interés, según se van recorriendo sus páginas; es una de aquellas narraciones que conmueven y consuelan el alma al mismo tiempo; es un drama de la vida, de esos que encierran un gran pensamiento filosófico y moral, á la par que una provechosa enseñanza.

Se vende en todas las librerías y centros de suscripción de España, en un tomo bonitamente encuadernado en tela, á 5 pesetas, y encuadernado á la rústica 4 pesetas.

**PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL**  
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL  
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.  
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

**FUMOUZE-ALBESPEYRES**  
 78, Faub. Saint-Denis  
 PARIS  
 y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTICION**  
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER  
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.  
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS  
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

**ENFERMEDADES del ESTOMAGO**  
**Pepsina Boudault**  
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA  
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D<sup>r</sup> CORVISART, EN 1856  
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de  
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS  
 1867 1872 1873 1876 1878  
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS  
**DISPEPSIAS**  
**GASTRITIS - GASTRALGIAS**  
**DIGESTION LENTAS y PENOSAS**  
**FALTA DE APETITO**  
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION  
 BAJO LA FORMA DE  
**ELIXIR de PEPSINA BOUDAULT**  
**VINO de PEPSINA BOUDAULT**  
**POLVOS de PEPSINA BOUDAULT**  
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine  
 y en las principales farmacias.

**Pildoras y Jarabe de BLANCARD**  
 Solucion **BLANCARD**  
 y **Comprimidos de Exalgina**  
 de Exalgina  
 JAQUEGAS, COREA, REUMATISMOS  
**DOLORS** DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS.  
 El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento.  
**CONTRA EL DOLOR**  
 Exijase la Firma y el Sello de Garantia. - Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

**PAPEL WLINSI**  
 Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.  
 Depósito en todas las Farmacias  
 PARIS, 31, Rue de Seine.

**JARABE ANTIFLOGÍSTICO de BRIANT**  
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias  
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

**VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D<sup>r</sup> FRANCK**  
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curadas ó prevenidas. (Bótilo adjunto en 4 colores)  
 PARIS: Farmacia LEROY y en todas las Farmacias.

**PUREZA DEL CUTIS**  
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 ó Leche Candès  
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARPULLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUGAS PRECOCES, EFLORESCENCIAS, ROJECES.  
 Pone y conserva el cutis limpio y terso  
 CÁNDES et C<sup>ie</sup> St-Denis

**CARNE y QUINA**  
 El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.  
**VINO AROUD con QUINA**  
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE  
**CARNE y QUINA!** con los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la *Anemia* y el *Apocamiento*, en las *Catenturas* y *Convalecencias*, contra las *Diarreas* y las *Afecciones del Estomago* y los *intestinos*.  
 Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al *Vino de Quina de Aroud*.  
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm<sup>o</sup>, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD. SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.  
 EXIJASE el nombre y la firma **AROUD**

**Agua Léchelle**  
**HEMOSTÁTICA.** - Se receta contra los *flujos*, la *clorosis*, la *anemia*, el *apocamiento*, las *enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *esputos de sangre*, los *catarros*, la *disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELoup, médico de los hospitales de Paris, ha comprobado las propiedades curativas del *Agua de Léchelle* en varios casos de *flujos uterinos* y *hemorragias* en la *hemotisis tuberculosa*.  
 DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165. en Paris.

**REMEDIO de ABISINIA EXIBARD**  
 En Polvos y Cigarrillos  
 Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION y toda afección de las vias respiratorias.  
**ASMA**  
 Espasmódica  
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata.  
 J. FERRÉ y C<sup>ia</sup>, Vicos, 102, R. Richelieu, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria